



Escritos sueltos de Mario Monteforte Toledo

Libro electrónico

Recopilación y edición

Pepo Toledo

15/09/2024

Conmemorando el 113 aniversario
del natalicio del escritor

www.pepotoledo.com

Foto de portada
Retrato de Mario Monteforte Toledo
por Rodolfo Abularach

Contenido

Mario Monteforte Toledo escritor.....	5
Mi primera novela	5
Para qué servimos los escritores ..	8
Desvanecimiento de los escritores	10
La computadora como apocalipsis	12
Dos maneras de escribir	15
La literatura y el tiempo.....	19
Qué les pasa a los intelectuales ..	25
Artículos.....	30
Algunos Puntos Cardinales	30
El erotismo como evasión.....	32
Las drogas y sus humos	35
Qué es y qué no es la Reforma Agraria	38
Otra teoría sobre la mayoría	46

La verdad de una revolución asesinada	50
Las falsas asociaciones	55
Cuentos	60
Con la música a otra parte	60
El billete.....	65
El casamiento.....	71
El extraño vientre de los dioses ..	78
La gemela	90
Los inventores de la muerte	99
La primera vez.....	106
Taco, el paragoles	116
Técnicas para ser presidente.....	125
Ensayos	130
Dos maneras de escribir	130
La literatura y el tiempo.....	133
Teoría del caballo	136
Elegía.....	140
Elegía para una hija del maíz	140

Mario Monteforte

Toledo escritor

Mi primera novela

Diario “HOY” en Ecuador, 30/05/1983

Tendría yo unos diecisiete años cuando termine mi primera novela: doscientas setentidós páginas a doble renglón, escritas en la máquina Adler de mi padre –no mucho más pequeña que un tanque Sherman. La hice empastar y con tinta blanca le puse en la carátula con mi mejor letra: *Los Tres*. Si terminé aquel libro a los diecisiete años, quiere decir que lo comencé cuando menos año y medio antes, lo cual puntualizó para resaltar la precocidad (cualquier parecido con Mozart o Rimbaud son mera coincidencia). El argumento era complicado: por el número de personajes, porque de pronto no sabía qué hacer con ellos y por lo general

quedaban en un puente, apoyados a la baranda y con la vista perdida en un río.

La principal causa de la complejidad era, sin embargo, mi lectura de Shopenhauer, Nietzche y algún otro desesperado. Lo único simple y directo era el título –que luego supe habían usado cuando menos dos autores. Había un héroe, desde luego, y tengo la impresión que me identificaba con él. La muchacha, parte del trío, se asemejaba a una prima mía, que luego se casó con un señor muy robusto a quien se le salía el cobre y la plata al tercer trago. Pero no es el argumento de lo que necesito contarles, sino de la suerte de la novela. Varios muchachos que hacíamos versos o prosa, compartíamos la amistad de un abogado; que ya había publicado dos libros y era feliz propietario de una biblioteca muy bien surtida. Nos llevaba unos doce años y su juicio literario nos parecía irreprochable. En esa casa y en cuadrilla leímos el Ulises de Joyce en casi un año.

Nuestro querido amigo estuvo preso varias veces por hablar mal del gobierno, y cada vez salía más bravo. Buscando refrendar la dimensión planetaria de mi novela, se la llevé en

consulta a nuestro amigo y a las dos semanas regresé a recibir el veredicto. Mi amigo me mostró obras recién llegadas al país, un astrolabio comprado en Belice y una preciosa edición de *Las mil y una noches*; todo lo cual pareció sospechoso e inquietante. Hasta que me atreví a preguntarle sobre mi novela. El hombre era ligeramente estrábico, pero miraba de frente. Se desarrolló entonces el siguiente diálogo:

- Vos creés que tu novela es buena, ¿no es cierto?

- Si

- Bueno: pues si es tan buena como creés, debés destruirla porque todavía sos demasiado joven y sin darte cuenta en los libros siguientes te imitarías. Y si es tan mala como yo creo, también debes destruirla porque cuando seas grande te va a dar vergüenza haberla escrito.

Al salir di un portazo. Decidí que mi amigo siempre había carecido de gusto literario, que era más bien un cretino. Quince días más tarde releí el libro. Era un viernes santo a las tres de la tarde y me encontraba solo en la casa. Encendí un gran fuego y vi arder a *Los Tres*, heroicamente. Ayer supe que mi amigo

murió. La literatura universal le debe un gran favor, y yo otro aún más grande.

Para qué servimos los escritores

Siglo XXI, 16/05/1992

Se repite –y con toda razón- que esta es época de preguntas y no de respuestas, como lo demuestra la inseguridad de todos los grupos sociales en todos los países. Sin embargo, a nadie se le ocurriría poner en duda la utilidad de los ecólogos, los técnicos, los obreros, los empresarios; vaya para donde vaya el mundo, gane quien gane la presidencia en Estados Unidos, se les arreglen bien o regular los problemas económicos al Japón, se sostenga o no Yeltsin en la presidencia Bielorrusia, dure mucho o poco la organización de las Alemanias unidas.

Pero no es el caso de los escritores. Desde la antigüedad, el medievo o el renacimiento, es decir las épocas en que el 96 por ciento de la población era analfabeta, los escritores desempeñaban un papel social de bastante importancia. Puede decirse

que muchos hitos en la historia son libros: *El libro de los muertos*, la *Biblia*, el *Corán*, el *Popol Vuh*, los *Diálogos de Platón*, todas las obras de Aristóteles, *La ciudad de Dios*, las *Confesiones*, la *Divina Comedia*, el *Quijote*, las obras de Shakespeare, *La comedia humana*; por sus repercusiones también podríamos añadir *El Príncipe*, *El pacto social*, *El Capital*, y si pensáramos en su origen escrito, hasta en las *Tablas de la Ley* que según la tradición hebraica cayeron escritas en manos de Moisés.

Pero hoy ¿para qué servimos los escritores? ¿Qué pito tocamos, qué vela llevamos en el entierro? Dentro de algunas semanas nos reuniremos treinta invitados extranjeros de los colegas chilenos en Santiago. Este es uno de los cuatro temas a tratar allá. La cuestión no es la misma en todas partes, como tampoco lo es la naturaleza y el grado con que están ingresando los países a la historia en este momento. El rango de miembro del primer mundo no se adquiere por tratados bilaterales con las metrópolis del poder o por autopromoción, así como el estatuto de miserable no se pierde con discursos; de igual modo los escritores no significan lo mismo en todas partes. Pero hay algo en común,

sin duda, y de eso nos ocupamos en el próximo artículo.

Desvanecimiento de los escritores

Siglo XXI, 21/05/1992

Tiempos hubo en que los escritores registraban la historia, las normas de la vida de los pueblos, las pasiones de los dioses (en Grecia, por ejemplo). La crónica del imperio romano hay que buscarla en los libros. Por los cantares y las coplas de los juglares del medievo se conoce mucho más la intimidad y los de los señoríos medievales. ¿cómo se redondearía el conocimiento de la España imperial sin las letras del Siglo de Oro o el nacimiento del imperio inglés sin la literatura isabelina? ¿Qué otra cosa que orígenes de los pueblos de la India son los Vedas, el Ramayana y al Mahabhárata?

Mientras no se sistematizaron como ciencias la economía, la sociología, la antropología y otras ciencias sociales, los poetas eran también adivinos (aunque fueran ciegos como Tiresias) y analistas de la sociedad. Estas

prerrogativas, esta función social dejó cola hasta en tiempos modernos. Pensemos el Larra o Costa, de España: en los *Tres ensayos* de Mariátegui; *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada o *El laberinto de la soledad*, que circulaba como oráculo de México hasta no hace mucho tiempo.

Mas de pronto, dos poderosas fuerzas destronan a los escritores de sus eminentes sitios: la economía (con todos sus miles de tentáculos y valores) y la nueva noción del tiempo, que sobre la literatura da prioridad a los partidos de futbol y a los sumarios de prensa y la TV. Hoy la noticia se confunde con la cultura.

Los escritores ya no sabemos ni una palabra de las ciencias y la tecnología que mueven al mundo. No hemos perdido la proverbial sensibilidad y la malicia para inventar un poco; pero absolutamente nada sabemos de la civilización que se desmorona y se rehace, de nuevas causas de la muerte y el asedio sobre la vida.

Ya no somos necesarios y nuestra soberbia de pobres nos impide rogar ayuda. Vivimos de ocupaciones viles porque sólo cuatro o cinco de nosotros vive de

su verdadero oficio. Nuestro papel se ha reducido a papelito y nuestra esperanza de sobrevivir se parece a la de las hormigas: duraremos por insignificantes y porque somos muchos. Y mientras tanto nos contamos el cuento de lo que no somos, y lo creemos y nos consolamos.

La computadora como apocalipsis

El Periódico, 01/12/1996

La computadora ha trastornado el pensamiento, las relaciones de pareja, la vida y desde luego la obra de los escritores. Así como muchas señoras hablan de criadas, del parentesco de las gentes y de los deslices ajenos, los escritores hablamos de la computadora con unánime rencor y un sentimiento que no es odio, pero se le parece.

Nuestro resentimiento tiene que ver con el repudio viejo y secreto contra la máquina, contra la industria moderna y con la envidia contra los inventores de esos artefactos y la conciencia aplastante de existir de los países ultra

desarrollados, únicos capaces de fabricar esos monstruos.

Casi todos los escritores somos pobres y hemos desarrollado un espeso subconsciente contra el consumismo, es integral debilidad de cambiar lo que tenemos –por eficiente que sea- por lo que los anuncios avalan como lo super, lo post, lo in. Cada seis meses aparece en el mercado el aparato nuevo, la medicina nueva y por supuesto la computadora nueva. Hay clientela para sostener esta ficción, gente que deja lo que tiene, lo malbarata y compra la novedad. Pronto adquiere el hábito del coleccionista, la loca aflicción por las cosas y se olvida por completo de para qué sirven. Entre los más desmesurados “coleccionistas” se encuentran los compradores de aparatos de música. Pero en nosotros los pobres alienta el fervor por lo que sirve, que es una forma de libertad. Y así desemboco en el tema de esta página: la computadora. Tengo la misma desde hace cinco años y probablemente sólo la uso en la quinta parte de sus posibilidades; pero igual pasa con nuestra inteligencia y aquí sigue viva la humanidad mientras vive, desde hace millones de años.

Un escritor frente a una computadora es la imagen de la derrota y del perpetuo temor. Esto aumenta cuando se le ve por dentro y se la desmenuza por inutilizada. Como cuadro frente a mi escritorio conservo la trama de memoria de una computadora que fue del mago del oficio Julio Piedrasanta —el que me metió en todo esto. Es una mágica visión de lo que será una ciudad en el año 3,000, pero también una saludable lección de humildad para no sentirse superior.

A estos respectos viene a cuento una anécdota de Thomas Mann. Sus hijos Erika y Golo lo convencieron de que es absurdo escribir a mano en el pleno siglo XX y sobre todo cuando se es uno de los mayores escritores contemporáneos y le regalaron una Olympia. Mann se negó a aprender en escuela, pero por fin se hizo del folleto de instrucciones y luchó una semana, al cabo de la cual refundió el aparato y volvió a la pluma. Memorable es el artículo que explica esto. El pensamiento, dice Mann, fluye a través del cuerpo y termina en los dedos para llegar al papel sin intermediarios. Por eso lo escrito es parte de la sangre. La máquina de escribir es un interruptor y un intermediario que deshumaniza el

texto. ¿Qué hubiera dicho aquél grande de la computadora?

Por nutridos intercambios, los escritores sabemos que la computadora ha modificado nuestra obra y también nos ha vuelto un poco lo que nunca habíamos sido. Se ha escrito bastante sobre esto; pero todavía nadie acierta a explicar qué es lo que ha pasado a la literatura, aunque nadie niega que le ha pasado algo. Estas reflexiones tienen por objeto interesar a la UNESCO en la celebración de un encuentro mundial de escritores sobre 'la computadora y las letras contemporáneas'. No puede dejar de interesar a millones de seres humanos que –bendito sean- aún leen libros.

Dos maneras de escribir

“El Periódico” 1/03/1998

Cuando se ejerce simultáneamente el oficio de escribir obras literarias y material de periódico se produce entre ambas una interacción; es el escritor el negro de la feria que recibe los pelotazos. Nadie ha podido administrarse con soltura y

plena satisfacción de las dos maneras, que ciertamente se parecen bastante, pero no son iguales.

El material periodístico exige sencillez, uso de palabras corrientes – de preferencia las no muy largas-, períodos o frases cortas, no más de un par de ideas por párrafo y nítido distinguo entre lo que es hecho/información y lo que es comentario/opinión, sobre todo cuando es el punto de vista crítico del autor. Es rarísimo que un material periodístico aguante impunemente una redacción ‘literaria’. Las metáforas y el contenido periodístico son incompatibles.

Forzosamente, en el lenguaje periodístico abundan palabras de la economía, la sociología, la política, que se han vuelto del dominio público y contienen cargas ideológicas, la ambigüedad que resulta de diversos significados según los intereses de quien las escribe y de quien las lee. Un buen material de prensa comienza con lo más importante y concluye con lo de menor trascendencia; lo cual permite cortar al final si es por fines editoriales de espacio. Mantener el suspenso, el interés del lector es indispensable porque la vida, la repercusión de un

material periodístico dependen de un leve gesto, de cualquier movimiento de las manos al lector que el aburrirse pasa la página y sepulta el artículo en el olvido; igual pasa con la radio y la tele, donde la muerte de una imagen depende del giro de un humilde botón.

El ejercicio de ese oficio puede ser muy nocivo para el de creación literaria; de hecho, lo es, porque se trata de dos discursos no sólo distintos sino inclusive opuestos entre sí. La literatura admite sin excepción todos los contenidos, todas las formas y los estilos. No importa que su terminología sea compleja y hasta inventada o que se convierta en una especie de lengua secreta para iniciados. Proust, Joyce, Lezama Lima, Onetti, Góngora, Vallejo, Huidobro, no son autores fáciles. En el texto literario suele no haber orden, sólo una lógica llena de contradicciones y de absurdos (absurdidades debiera decirse). Las palabras y la plititud periodísticas introducen caídas siniestras en la literatura. Todavía no se ha escrito libros de ficción verdaderamente buenos cuyas bases dominantes sean económicas o políticas. La literatura le habla al autor y a los lectores, uno por uno; santo y muy bueno si llega a difundirse el libro; pero

muchas veces no hay razón justificada para que así sea.

El escritor de ficción es al mismo tiempo más y menos responsable que el periodista. Su egoísmo y su reconocida vanidad llegan hasta la monstruosidad de escribir –a veces- para sí mismo. Vive hablando de él, presumiendo hasta de minucias. No se debe a nadie, no depende de nadie porque no come de lo que escribe; el periodista se debe a un público y si es honesto sólo debe actuar dentro de una ética inflexible. El escritor se permite ser hasta bandido. Pero escribir ficción es extremadamente difícil y requiere gran temor por las palabras, interminable cuidado, paciencia y casi siempre sentimiento de imperfección; escribir es doloroso, e ingrato. La rapidez, la facilidad y el desgaire al escribir proceden del periodismo y trasladado a la literatura resulta necesariamente mortal para un buen libro. Estos son los riesgos del doble oficio.

Palabras del autor en la conferencia que compartió con el escritor mexicano Andrés Henestrosa el 20 de febrero, en el acto de fundación del Instituto Mexicano-Guatemalteco de Cultura.

La literatura y el tiempo

“El Periódico” 1/03/1998

La literatura no es nada de extraordinario, o por lo menos es menos extraordinaria que la pintura o la música. Se hace con varias ciencias; los escritores ignoramos algunas de ellas, pero creemos que existen, como las sirenas, y eso cuenta. Se trata de que nos entendamos no sobre lo que es sino sobre lo que puede ser la literatura. En este dilema se han ido los siglos; a lo mejor eso es la literatura: claves y signos en constante fuga. La seguridad de permanencia la destruiría, como destruye el puñado de nieve que en rodando y en creciendo llega a alud y arrasa pueblos enteros. La historia de la literatura no existe: lo que existe es la historia de lo demás de la humanidad, que tiene sus leyes y sus inmensas casualidades.

Todas las palabras hablan de lo que fue, no de lo que es; la literatura es un epitafio, una parte reciente de la arqueología. Su eternidad envejece todos los días; no hay vida más muerte que la de lo precario. Pero los libros son

vísceras, cosas vivas, sin cordón umbilical con quien los parió. Los libros interesan; son como los huesecillos de los animales que habitaban la tierra hace 40 millones de años, pero sirven para reconstruir seres, o para inventarlos.

Sólo hay escritores sedentarios y escritores errantes. Los sedentarios son los que no viajan; viajar es sentirse donde uno no está, porque lo que permanece quieto se pudre y se opaca. Los errantes vivimos rodeados de transparencias. Sabemos que nos rodean cosas que no vemos, pero eso no nos desvela porque lo ven los pintores y los astrónomos y los cautivos de los microscopios afilados con láser. Nuestra función es hacer ver lo que escribimos, no lo demás.

Yo sólo escribo sobre cosas representables, generadas por protagonistas víctimas o verdugos, sufridores o gozadores; mis inventos se reducen a lo que puede ocurrir o a lo que me complacería que ocurriera, aunque no fuese a mí sino a otro. Mis motivos y mis técnicas han ido cambiando sin mi consentimiento ni conocimiento, igual que mi vida y la de los demás. Escribir no me demuestra

nada; pero anhelo que algo descubra a los lectores. Que no lo crean es lo de menos. Entre ellos y yo circula el doble golpe del corazón un sonido por lado.

Para un escritor no hay pasado porque somos contemporáneos de todo lo que escribible. Por lo tanto, tampoco hay edad. A nosotros nos envejecen los demás cuando se cansan de leernos o de vernos. Pero nosotros sabemos muy bien qué es la edad; la edad es la conciencia de perder la audacia. No por escribir o por leer o por amar estamos vivos, sino porque la literatura es la más concreta de las fantasías; profesar cualquier fantasía rejuvenece.

Las formas empiezan en la semilla y terminan en el abuelo, como dice Roberto Matta. Los escritores somos asaltantes del momento, secuestradores del instante. Si algo hacemos de hermoso es no cobrar rescate y fluir, como los chorros de agua salvaje.

Para qué servimos los escritores

La columna

¿Qué diablos estamos haciendo los escritores en estos tiempos? No vale la pena intentar, por enésima vez, respuesta a la pregunta de por qué se escribe cuando las máquinas están reemplazando al pensamiento. Pese a las conocidas propuestas de Cervantes, Balac, Rilke, Camus, Sartre, Borges o Dylan Thomas, prefiero la del poeta mexicano Efraín Huerta. "Escribo por amor, por odio, por reflexión, por deber que nadie me exige y por pan que nunca me basta". Me encanta también la respuesta de Dylan Thomas: "Muy niño me enamoré de las palabras; amor del que no se habla es visión de ciegos. Si supiera exactamente qué es la palabra, o el amor, dejaría de escribir".

Este tiempo nuestro, quizá más que ningún otro, es como para preguntarse cada día con mayor angustia por qué está pasando lo que pasa. Es tal la carga de monstruosidades y de locura, que han desaparecido las instancias lógicas, las explicaciones creíbles; a las preguntas la gente responde con preguntas. El arte y la literatura se han convertido en constancias, testimonios, impresiones, reacciones animales o intelectuales en el mejor sentido de la palabra; nadie se

atrevería a descifrarnos -como no fuera con un bagaje científico gigantesco- el asedio, la amenaza, la desintegración de lo invisible, el absurdo del sistema de poder, la pasividad de la humillación que nos rodea. Los poquísimos poetas que escriben sobre la devaluación monetaria, la inflación o el hundimiento de las bolsas o de los partidos -a diferencia de Pound que polemizaba con buenas razones contra la usura o la banca- suenan como los que con recién nacidas palabras hablaban del rayo o el fuego recién descubiertos. No entendemos nada, no sabemos nada. Incluso los científicos normales han perdido la seguridad. Médicos son causa de enfermedad y de muerte, economistas son responsables de las crisis y de su agravamiento con todo y planes sofisticados y malabares de intereses que calculan lo cotizabile y lo adjetivo, pero no los intereses fundamentales de la humanidad.

Hay muchos rasgos comunes a gran parte de la literatura que hoy se escribe. Nunca han sido más una sola cosa las naciones y los problemas que comparten. Cunden una gran tristeza, una espesa nostalgia por lo que fue mejor o por lo que imaginábamos cuando aún se usaban las utopías; hoy

cunden una lucha entre la responsabilidad y la evasión, un pediátrico sentimiento de salvar la vida contando cuentos, como los de Sherezade. Los escritores más leídos no son los retratistas de la realidad y los denunciadores de estos y otros males peores sino los que tienen el arte de no hacer pensar y de divertir y la inocencia de sugerir esperanzas.

Escribir hoy requiere una excepcional vocación y no poca crueldad al consagrar rutinas y empalagar con crímenes. Hasta hace algunos años, todos los sistemas de poder trataban de convencer a la humanidad del progreso continuo del sistema socioeconómico imperante y de su capacidad para resolverlo todo; hoy, ante la magnitud de las pruebas en contrario, semejante discurso ya no existe y lo han reemplazado ortodoxias, axiomas como el derecho de los poderosos para mandar y matar y el fin de la historia y la creencias en la normalidad de la existencia de la miseria y la soledad y la tristeza.

Los escritores aceptamos mejor los males que los bienes; la desgracia nos inspira mucho más que la felicidad en la que se creía hace doscientos

años. En ningún sistema de creación humana se refleja mejor la impresión, la sensación, la reflexión y el juicio que merece la realidad actual. Por eso somos una suerte de mal social, de pelo en la sopa, de invitados de piedra y de inaceptables desenmascaramientos de la farsa del bienestar y la injusticia en el mundo. Callarnos sería peor porque más dolería el somatón de cuando todo esto acabe de tronar.

Qué les pasa a los intelectuales

Siglo XXI, La columna

Ante todo, se debe precisar de quién se trata. En rigor, sería de los trabajadores intelectuales -o sea de los no manuales-; pero también se puede admitir, convencionalmente, que se refiere en exclusiva a los escritores, como en el presente artículo.

Pocos gremios han cambiado más que ellos desde la segunda guerra mundial. En reciente artículo de *Le monde diplomatique* se lee una palinodia dura y triste sobre los

intelectuales franceses, En el siglo XIX los intelectuales eran la vanguardia de la lucha por la libertad y la justicia social, dentro de la perspectiva total del mundo de entonces. Victor Hugo condenó la intervención de Francia en México en defensa de una postiza e inverosímil monarquía; Emile Zola fue feroz contra el ejército por las sucias maniobras contra el judío Dreyfus; Gide y varios de sus contemporáneos criticaron el colonialismo francés en África y especialmente en el Congo; Malraux no sólo escribió sino actuó abiertamente a favor de la descolonización de la China y el asentamiento de la república en España; hasta reconocidos derechistas como Mauriac denunció las torturas y los atropellos de los soldados franceses en Argelia cuando trataban de impedir la descolonización. Camus y sobre todo Sartre, en una perspectiva planetaria, defendieron la lucha de todos los pueblos oprimidos por su libertad y su independencia.

En México, los intelectuales encabezaron la campaña nacional contra la monarquía de Maximiliano y la invasión de los franceses. Al lado de los pintores, fueron los ideólogos de la revolución mexicana especialmente en

los años veinte; a los 15 años de edad, José Revueltas estuvo preso en las islas Marías por atacar el absolutismo del presidente Calles.

La hoja de servicios de los intelectuales de Guatemala tampoco se queda atrás. Fueron la vanguardia democrática a lo largo del proceso de la independencia y del liberalismo durante el siglo XIX, por lo menos hasta que el gobierno de Justo Rufino Barrios decidió implantar la reforma a la fuerza. Los intelectuales fueron ideólogos del movimiento unionista de los veintes, antifascistas en los treintas y defensores de la república española. En primera fila los encontramos en la revolución del 44-54 e invariablemente opuestos a las dictaduras militares del 60 en adelante. Muy pocos han sido los que le sacaron el hombro al movimiento de Cuba cuando dejó de ser sólo el régimen victimario los gobiernos vasallos e infames y se volvió socialista.

Sería maniqueo y tonto ocultar que siempre ha habido intelectuales avasallados por las dictaduras y los gobiernos indignos. Recordemos a Darío y a Chocano y a Amado Nervo. Pero estas son las excepciones lamentables. en general, siempre

habían sido quienes contribuían a dar legibilidad al mundo y en los tiempos de debilidad de las sociedades civiles, hablaban por los que no tenían voz, como los campesinos, los indígenas y los negros. En todas partes eran de izquierda o de lo mejor orientado y combativo del centro. Vivían atentos a la conducta del poder político, denunciaban lúcidamente sus fallas y sus defectos y acusaban, participaban en la vida política a favor de los de abajo. Pero "¿Qué se hizo el rey don Juan? / ¿Qué fue de tanto galán...?" No podemos condenar del todo a quienes pertenecen a la derecha y defienden sus intereses; pero no merecen piedad quienes se trasladan a una derechización razonada, hipócrita y oportunista abjurando de su error de haber sido izquierdistas y hasta sometidos a la férula de Moscú. No todos recibe nel pago correspondiente: pero los hay generosamente instalados en empleos en los Estados Unidos y convertidos en panegiristas del "american way of life".

Pero la derechización adopta otros matices. Modelos son Paz y Borges, que proclaman despolitización y denigran profesionalmente a todas las formas de la izquierda y a los enemigos

de "la democracia" cuyo paradigma son los Estados Unidos. La mayor parte proclaman dedicarse sólo a las letras - especie de arte purismo- sin asumir responsabilidad ni lado alguno en la vida política, sobre todo cuando está de por medio la lucha de los pueblos por su emancipación. Cuando estos fenómenos escapistas se dan entre las juventudes son doblemente lamentables.

Es imposible que tal situación no cambie. Si hay arrepentimientos que se valen desde los que se convierten en ciudadanos activos y dejan de ser modestos adornos sociales.

¿Qué habían sido hasta entonces?

Artículos

Algunos Puntos Cardinales

Diario HOY, Ecuador – 21/08/1982

Cuando era niño y me fugaba de casa, emprendía el camino del Poniente. No sé por qué no elegía otro rumbo; tal vez porque entonces leíamos mucho sobre el Lejano Oeste, lugar de las pieles-rojas y de las dudosas hazañas de Buffalo Bill. La cosmografía me fascino –y eso que el hombre aun no llegaba a la luna-; entre las muchas cosas que no le entendí esta lo de los puntos cardinales. Son cuatro; pero entre cada dos de ellos caben divisiones y subdivisiones, que al volverse infinitas desprestigian y acaban con el sentido de los cuatro señalados por especies de flechas en las brújulas. Cierta vez me perdí en un modestísimo bosque, brújula en mano;

una vieja india que llevaba un cántaro de agua sobre la cabeza me dejo a la puerta de mi casa. Allí terminó mi relación con los puntos cardinales. Pasaron los años y me enteré de que uno de los grandes supuestos del budismo es la existencia de seis puntos cardinales: al frente, atrás, a derecha, a izquierda, arriba y abajo. Lo importante para el budismo es creer en ellos, aunque no existan. Este nuevo fraccionamiento del espacio no me iluminó más que el anterior. Sin embargo, me remitió a una tierra concreta, con centenares de pueblos y países. Los puntos cardinales servían para distribuir países, entonces.

Otras lecturas me iluminaron el Oriente, el Lejano Oriente, como debe haberlo llamado tal vez Marco Polo, el primer europeo que llegó hasta los reinos de Kublai Kahn prácticamente a pie. No hice intento alguno para librarme de su sortilegio. En mi imaginación fue creciendo la esperanza de que en el Oriente iba a entender la cuestión de los puntos cardinales; y en cuanto pude fui allá. Aun volaba a medio océano Pacífico cuando me di cuenta que viajaba hacia el Poniente – el avión salió de Vancouver. No entraré en detalles sobre el siguiente problema

espacial e intelectual ¿Qué era el Oriente? ¿Japón, India, Camboya, Corea, Irán? Por las dudas aterrice en China, lugar donde se inventó la brújula; también el papel, la bomba aspirante-impelente, la pólvora y el arroz. Todos nos hemos imaginado que los sabios chinos tienen largos bigotes y una barba interminable que se acarician con los dedos amarillos. Fue bastante descorazonador no encontrarlos: en China como en todas partes, los sabios están en los laboratorios, en las bibliotecas o frente a pequeños paisajes severísimos donde meditan. Se rasuran con la mayor pulcritud y hacen como que no oyen cuando se les dirige preguntas idiotas. Uno de ellos me enseñó que China quiere decir “centro” y que por ende no necesita puntos cardinales. No juzgué prudente preguntarle por qué, entonces, sus lejanos antepasados habían inventado la brújula; a lo mejor me hubiese respondido que para exportarla. El silencio del sabio chino me enseñó otra cosa: que toda brújula supone un centro, o sea lo que el hombre se cree.

El erotismo como evasión

Siglo XXI, 2/07/1992

A lo largo de la historia, muchas veces aparece el erotismo como reacción inmediata, apasionada y desenfrenada después de grandes opresiones colectivas: las dictaduras, la exacerbación religiosa, las profundas depresiones económicas, las pestes y calamidades que han agobiado a la gente con la presencia del dolor y la muerte.

Comienza con pretextos como el arte, o como la exhibición de la desnudez porque es una constancia de democracia o de fe en la elocuencia de la forma humana, o como el culto a la mujer, reminiscencia del matriarcado. Pero luego rebalsa, se extralimita y parece llenar otras necesidades: la frustración sexual, el hambre de amor de la carne alimentada por las abstinencias y los prejuicios y la mojigatería religiosa a política.

En los medios de expresar el erotismo hay una evolución: comienza en revistas populares, sigue en publicaciones más sofisticadas y por último llega a los periódicos, las gráficas a gran formato, las tiendas de porno y el exhibicionismo en plena calle. Las

artes plásticas, el cine y la literatura sirven también de caja de resonancia y poco a poco, hacen del material erótico un pingué negocio.

El poder público se ve forzado a adecuar su actitud ante esta especie de revolución, la más inofensiva de todas y a veces la más útil porque desvía el descontento y la acción política contra las deformidades y las injusticias sociales. Suprime las censuras oficiales, admite las campañas a favor del aborto, legisla sobre el matrimonio de hecho y los hijos fuera de matrimonio, reconoce el status de las prostitutas y los homosexuales y a las veces, por una suerte de coquetería pluralista, hasta otorga a algunos de ellos cargos públicos –por lo general en el campo de la cultura-.

A fuera de moderna, la elite política y económica incurre en la debilidad –por completo en uso como riesgo calculado- de aceptar como síntomas de progreso y democracia estos devaneos. Solo la iglesia se atreve a gestionar la prohibición de algún espectáculo o filme que a su juicio hiera “los sentimientos religiosos del pueblo”. Pero ya no puede con los libros eróticos ni llega a

exigir que se cubra el pubis de las estatuas.

Todo esto va creando, incuestionablemente, un clima de erotismo que ya cunde en casi todas las sociedades. Una vez se pierde la atracción por lo prohibido, los extremos dejan de interesar. Ya nadie se desnuda por la calle en Dinamarca ni hace el amor en los muelles de Londres; la clientela de las tiendas de porno en Europa virtualmente se reduce a pazguatos turistas latinoamericanos disimulándose lo mejor que pueden.

En México circula un excelente diario que dedica en cada edición páginas enteras al más descarado erotismo gráfico y literario. ¡Contra qué reaccionan, de qué se refugian, qué expresan los autores de ese material –a menudo de mal gusto-?

Es difícil de entenderlo en un país tan libre y desinhibido.

Las drogas y sus humos

Siglo XXI, La columna

Comenzamos con un viejo e iluminador sucedido. Un día se reunieron fotos, documentales de cine, testimonios, informes de veterinarios, manifestaciones de vecinos despavoridos y coléricos, y el país entero se enteró de que el ganado mayor, especialmente en los Estados del Sur, se estaba muriendo. Incontables miles anocheaban y no amanecían.

Era digno de un mural el mar de animales patas arriba, aplastando los campos inabarcables. Hasta cundieron los zopilotes, que por feos y sobre todo por negros, jamás se habían visto por aquellos lares; no tardó en divulgarse que venían de México –como otros maleficios. Casi todos los diarios ocuparon su primera página con una palabra siniestra: AFTOSA.

Los expertos no tardaron en averiguar que la enfermedad procedía de México -del Norte de México -para más señas. Otros expertos esclarecieron que si los mexicanos no se morían comiendo ganado con aftosa era porque los inmunizaban los tacos, cuyos aficionados no morían ni a balazos después de ingerirlos.

Una nutrida delegación del Departamento de Estado se apersonó en el Cuatricentenario del gobierno y le urgió la aftosa de la inmensa zona limítrofe de Texas, Arizona, California, etc. El entonces Presidente al que por buen nombre llamaban “Míster Amigo”, les ofreció investigara el caso de inmediato. Los trámites fueron muchos, pero eficaces y esclarecedores, los trámites. El histórico informe precisó lo siguiente: “El peligro sólo se puede conjurar matando a todas las reses del país. No tenemos recursos dinero para ese gasto. Y puesto que los interesados son los Estados Unidos, ustedes ponen el dinero y nosotros la mano de obra”.

Este prólogo sería demasiado largo si no sirviera para orientar la mejor política capaz de acabar con el papel de intermediario del comercio de drogas entre Colombia y los Estados Unidos. Nosotros pondríamos la mano de obra y ellos las armas, los vehículos y los dólares.

Con presiones retóricas para que por sí sola Guatemala acabe con ese gigantesco negocio cuyos mayores dueños están en Estados Unidos, en Colombia y quién sabe si de otros vendedores de droga y lavadores de

dólares. ¿Si los Estados Unidos no pueden –y ni siquiera lo han intentado– acabar con la venta y el consumo interno y Colombia no puede acabar con la producción y el trasiego de la droga, lógico que el mayor de los clientes y de las víctimas del mal acabe con el papel de su mayor intermediario?

Es una maldición para un país pobre estar situado en el corazón de istmo que une a dos inmensas moles geográficas y humanas.

Qué es y qué no es la Reforma Agraria

Siglo XXI, La columna

Cincuenta y ocho años de campaña ideológica de los grandes terratenientes han convertido ese tema en tabú y lo presentan como sinónimo de comunismo y engendro criminal de mentes extraviadas. Artículos "especiales" de la Constitución del 85, redactados por agentes de los latifundistas, protegen el estatus quo de la tierra y entran con astucia y maña las posibilidades de cambiarlo.

Comencemos por explicar este preámbulo. LAS REFORMAS AGRARIAS NO TIENEN ABSOLUTAMENTE NADA QUE VER CON EL COMUNISMO; surgieron en varios países de Europa hacia el siglo XVI y tardaron doscientos años muy sangrientos en llevarse a cabo. Esa conquista formaba parte de la liquidación del feudalismo y terminó con la revolución francesa. Consagró la propiedad privada, repartió la tierra entre quienes la trabajaban y acabó con la servidumbre de la gente y con la miseria en el campo. La última reforma fue la de Italia; la implantó hace treinta años un príncipe democristiano, De Médicis y es un modelo muy útil para nosotros.

En Guatemala la expropiación y el reparto de las gigantes-cas propiedades de la Iglesia no los hicieron hace ciento treinta años los comunistas -que no existían- sino los liberales. El Decreto 900 del gobierno de Árbenz es una reforma CAPITALISTA que reconoce la propiedad privada en función social.

Las reformas comunistas ocurrieron en los países comunistas a partir del

nacimiento de la Unión Soviética (1920) e impusieron la propiedad colectiva, no para acabar con el feudalismo -que ya casi no existía- sino con el capitalismo.

La historia demuestra que en ninguna parte del mundo se ha podido impedir la superación del feudalismo a través de leyes o de tiranías. Es resultado de la madurez social y de la marcha hacia la verdadera democracia. LA OLIGARQUIA GUATEMALTECA SE OPONE AL CAPITALISMO PORQUE ES INCOMPATIBLE CON EL FEUDALISMO EN MATERIA DE TIERRAS Y AL REGIMEN DEMOCRATICO BURGUES EN MATERIA POLITICA. No puede esperarse otra cosa de una pequeña minoría entre cuyos miembros hay propietarios individuales de más de veinte fincas y una familia que dispone de casi cien kilómetros cuadrados de óptima tierra.

Este prólogo es sin duda indispensable. Lo primero que debe considerarse para plantear reformas agrarias es el conocimiento de la realidad rural. Las bases para comenzar son: I. Guatemala sólo tiene a lo sumo un 20% de los suelos aprovechables

para siembras o pastos; no es un país agrícola sino forestal. 2. Las tierras de verdadera vocación agrícola están en manos de un 3% de la población y ni remotamente alcanzarían para repartirlas entre un millón de campesinos desposeídos y dos millones de minifundistas que apenas sobreviven en pendientes y calveros estériles o erosionados. 3. A pesar de su pequeñez geográfica y tomando en cuenta la diversidad de sus etnias, Guatemala está urgida de VARIAS reformas agrarias, según las zonas homogéneas. 4. El desarrollo integral del país está minado por una base social en la miseria, la principal causa de un desarrollo dramáticamente desigual y de una violencia multitudinaria y creciente que ya empezó, simultáneamente con los movimientos de verdad CAPITALISTA dentro del propio sector empresarial.

Hay otras fórmulas para afrontar esta problemática; la que propongo se apoya en factores locales casi evidentes en estudios de organismos internacionales y en la reciente legislación de Brasil, Venezuela, Taiwán, en la anterior de México y sobre todo de Italia, de la cual escribí para la UNAM hace treinta años un libro, La reforma agraria de Italia;

utilizo también mi crítica constructiva al Decreto 900 de Guatemala, publicada en México.

Los objetivos fundamentales de las reformas agrarias son la transformación del régimen de tenencia y aprovechamiento de la tierra en un sistema capitalista integral, para beneficio exclusivo de los que trabajan y hacen producir la tierra, y eliminación de las condiciones que lo mantienen a los niveles de pobreza y atraso. Esto significa la superación de las formas de tenencia y aprovechamiento de la tierra y la incorporación digna de la gran mayoría de la población a la economía nacional.

Entre las metas principales de la reforma están convertir en forestal toda la tierra que no es de vocación agrícola o pecuaria, y a los campesinos que no alcancen parcelamiento, en sembradores, cuidadores y propietarios de bosques o en ciudadanos formados y subsidiados para adquirir y ejercer otros oficios productoras de ingresos dignos.

La tierra es objeto de tenencia y aprovechamiento para el pleno sustento de la familia que la trabaja y la hace

producir. La tierra no es bien para el enriquecimiento, la acumulación y la especulación alimentada por la plusvalía.

A la agricultura sólo deben dedicarse las tierras demostradamente productivas, las mejores y las mejorables; el resto debe servir únicamente para la reforestación.

Criterio ecológico: conservación y mejora de recursos naturales.

El Estado sólo comprará con destino al parcelamiento tierras de buenos niveles de producción, productividad o capacidad mejorable plenamente comprobadas.

Se coordinará la producción y la productividad para la evaluación de la finca. Uno de los núcleos del proyecto es el régimen de evaluación del uso de la tierra y de las adjudicaciones.

Fomento a la organización humana y a la participación de las organizaciones campesinas a todos los niveles del proceso.

Fomento a la producción de consumo en función de las necesidades colectivas.

Creación del fondo para sustentar las reformas agrarias y de institutos autónomos para dirigir las, coordinarlas y realizarlas.

Los impuestos serán progresivos y se graduarán en función de la riqueza y de los niveles de desarrollo integral; a mayor desarrollo menor impuesto. Toda la propiedad pequeña estará exenta de de tributación.

Liquidación del latifundio y del acaparamiento de la tierra por medio de los impuestos y la política crediticia.

Liquidación del minifundio sin vocación agrícola ni posibilidad de rendimiento digno para la economía familiar.

Fomento y garantía de la tenencia y aprovechamiento de la tierra en función social.

Plena garantía de tenencia y operación de fincas que se ajusten a las

condiciones económicas, técnicas y sociales prescritas por la ley.

El trabajo de la tierra debe realizarse en forma coordinada y no aislada.

La adecuación del régimen de salarios y prestaciones a los trabajadores del campo debe adecuarse a los niveles de un desarrollo integral de la economía en el campo.

El sistema obliga a la transformación y la adecuación de todos los servicios destinados al desarrollo del campo, incluyendo la industrialización y la conservación de la producción, la comercialización, la maquinaria para trabajo, la salud y la educación. El Estado asumiría todos los servicios que no competen a la economía privada.

Las reformas agrarias son un proyecto a largo plazo que requiere dos voluntades firmes: la del gobierno en turno y la de las organizaciones campesinas, naturalmente propensas a aceptar remedios mínimos, pero inmediatos. Al gobierno actual le compete impulsar enérgicamente el catastro, estudiar y sistematizar las reformas agrarias de otros países, explorar todas las fuentes de ingresos

nacionales y extranjeros indispensables para sufragar el muy elevado costo del programa, la mayor cantidad posible de datos sobre el tema y **ABSTENERSE DE PALIATIVOS FALSOS COMO EL REPARTO DE PARCELAS**. Al próximo gobierno le correspondería redactar la Ley de Reformas Agrarias Rurales, planificar su gradual ejecución y comenzar a ejecutarla extensiva e intensivamente.

Las reformas agrarias son el tema de mayor relieve para el destino del país. La izquierda y el centro políticos deberían profundizar su conocimiento y difundirlo entre el campesinado, cuya participación en el proceso es de primerísima importancia.

Otra teoría sobre la mayoría

La Colmena

Hubo elecciones en las islas Marquesas; ganaron los que ganaron y perdieron los que perdieron. ambos recurrieron al politólogo El Nosferatu, que tenía nombre de talibán, pero era turco. Sus predicciones, como las de la pitonisa griega, eran a veces

prudentemente ambiguas, pero de cualquier modo resultaban indispensables en aquellas islas de amantes de las adivinanzas y en dar crédito -por si las moscas- a cualquiera que pronosticaba el horizonte por donde saldría el próximo sol. El Nosferatu entretuvo la nigua unos días; pero finalmente pasó de la de la incerteza y la pereza y a buscar en su cabeza alguna franqueza. Estas fueron sus palabras.

La mayoría se compone de minorías y la que gana no es ella sino una de sus minorías; la minoría es mayor que cada una de las minorías de la mayoría, pero aliándose con la mayor de las minorías perdedoras dentro de la mayoría puede ganar como si fuera mayoría.

La mayoría quiere hacer, pero no puede y la minoría quiere gobernar, pero tampoco puede. De eso depende el equilibrio social, que consiste en que como quiere la minoría, nada cambie y como quiere la mayoría se queda en querer y en no poder.

Los mejores países son los del equilibrio mencionado: igual que las sopas, con muchos sabores y poco nutritivos.

No olvides, ¡Oh, mayoría! que una flor puede ser entera por la mañana y

pétalos arrastrados por el río en el crepúsculo.

La vida política es perpetuo entrenamiento, no las verdaderas olimpiadas. Aprended, ¡Oh, poderosos! A levantar la mano con gracia y no como quien una bola o un tenamaste para romper vidrios.

El poder se compone de agradecidos, no de aliados metafísicos y eternamente esperadores. Se agradece lo que se recibe, no lo que se promete. Tus enemigos, ¡Oh, mayoría! dirán que si das cometas corrupción; sólo hasta cierto punto y hasta cierto momento te creerán que tus deficiencias y los males nacionales las heredaste de la minoría.

Cada minoría de la mayoría debe recordar que debilitar a su partido es como serruchar la rama donde uno está parado.

Miembros de la mayoría o de la minoría: no tratéis de ser más que tu partido. No hay imagen más borrosa ni futuro más incierto que la de los que surgen de repente para ganar algo hoy y olvidan que el tiempo se compone infinitamente más de mañanas que de hoyes.

No hagas camarillas, ¡Oh, político!
Las camarillas son los huevos vacíos dentro de la nidada social. Sólo sirven para cascarones durante los dos o tres días de carnaval. La camarilla es aún más efímera e impotente de las agrupaciones porque se funda en lo perecedero. El poder que no busca duración está jodido desde la cuna.

Mantener el equilibrio entre la política del parlamento y la política del liderazgo del partido mayoritario es imposible porque el líder existe en realidad y el parlamento no es suma de individuos sino espacio donde la gente se junta unas horas al día.

Recuerda, Oh, ¡minoría! que pensando en pequeño como minoría con suerte nunca conseguirás los votos para volverte mayoría. La historia se compone de los que quedan porque la hicieron, no de los que la deshicieron o trataron de deshacerla.

El primer deber de un político, ¡Oh, políticos, y oh, periodistas! es saber con honestidad a quién y para qué se habla. A qué.

La verdad de una revolución asesinada

Siglo XXI - La columna

Conforme se resquebrajan los sistemas de gobierno durante el último medio siglo va en aumento la campaña de descrédito de la Revolución del 44-54. Esa campaña es sucia y grave porque desinforma a un pueblo urgido de dignidad y de renovación total. Me mueve salir a la palestra un artículo del Muso Ayau (hay otro de conocido quídam) indigno de un pretendido economista y de un líder de parte de la derecha que he creído honesto pese a su mente incurablemente reaccionaria. No es el caso glosar las falsedades de su artículo; me limitaré a poner en su sitio el acontecimiento nacional de mayor importancia en el siglo XX.

Las BASES DE SU PROGRAMA fueron: plena instauración de la democracia integral, nacionalismo con proyección universalista, autonomía respecto a cualquiera tentativa de intervención extranjera, culto a los valores espirituales y humanistas; instauración del sistema capitalista -con respeto a la propiedad privada en

función social- y liquidación inmediata de las instituciones semi feudales que lo impiden; profundas reformas agraria y fiscal, Estado fuerte, dinámico y gestor del desarrollo integral; celosa conservación del patrimonio nacional - inc. el subsuelo-, descentralización del poder a base de autonomía de entes y responsabilidades y división entre los poderes del Estado; apertura a la participación de todos los sectores sociales en la vida pública, desarrollo integral con tutelaje de los sectores populares y con recursos propios, modernización de todos los factores de la producción, equilibrio fiscal y solidez bancaria, profunda reforma educativa y dignificación económica de los maestros, estímulo y difusión de las culturas en el territorio nacional, absoluta libertad en el goce de los derechos humanos y de las ideologías políticas -incluyendo voto de la mujer y protección del niño-, instauración de un régimen legal que respalde la revolución -incluyendo una nueva Constitución, la de 1945, que necesitaríamos hoy-, liquidación de las reclamaciones de guerra del país y expropiación de los bienes de los nazis, integración centroamericana orientada en beneficio de las mayorías, solidaridad con todos

los Estados y los movimientos independistas y libertarios extranjeros de base popular -incluyendo asilo a perseguidos políticos-, formación de un gobierno con los mejores de los partidos revolucionarios, y absoluta honestidad de todo el gobierno.

Enumero las principales realizaciones de ese programa -que por cierto es la base del mejor que haya propuesto un presidente al empezar su período-: el de Jacobo Árbenz.

En lo económico: reforma fiscal y mantenimiento del equilibrio del presupuesto, reforma agraria y dotación de tierras a 52,000 campesinos en menos de dos años de vigencia de la ley respectiva, nacionalización de las fincas nazis -por valor de 160 millones de dólares-, recuperación de 250,000 hectáreas de tierras ociosas de la empresa bananera, 350 cooperativas de producción agraria y 300 empresas de producción agropecuaria entre las uniones campesinas, financiación de nuevos cultivos como el algodón en casi toda la costa Sur, 36 rascacielos edificadas bajo el estímulo de la exoneración total de impuestos durante 10 años, creación de bancos y organismos de crédito a los

empresarios, como el Instituto de Fomento a la Producción, apertura de 16 mercados externos, mantenimiento fundamentado de la validez del quetzal, creación de centenares de nuevas empresas, incremento al poder adquisitivo de la mayoría popular, fijación de alquileres proporcionados al valor de la propiedad, construcción del mayor kilometraje nunca antes intentado de carreteras modernas - incluyendo la ruta al Atlántico-, puerto de Santo Tomás y nacionalización de Champerico, nacionalización del ferrocarril, nacionalización de la empresa eléctrica, impuestos directos, mantenimiento del país sin un centavo de deuda externa ni interna, crecimiento de la economía hasta un máximo de 8% al año.

En lo social: varias grandes instituciones de protección al niño - incluso la creada sin presupuesto oficial por doña Elisa de Arévalo, esposa del Dr. Arévalo-, primera campaña general de alfabetización. Protección al trabajador: Código de Trabajo, Seguridad Social, 32 hospitales de asistencia gratuita, fomento a la creación de una central de sindicatos y otra de uniones campesinas, creación de un cuerpo considerable de técnicos y

de una nueva burguesía progresista y emprendedora. Dignificación y respeto a los pueblos mayas y apertura a su participación en el poder.

En lo cultural: construcción de 340 escuelas -incluso las tipo Federación diseñadas por Arévalo-, misiones ambulantes para difusión y estímulo a las culturas, fomento en grande a la enseñanza y la práctica de los deportes, construcción del Centro de Deportes y del estadio Mateo Flores y de centenares de campos para futbol en provincias, dignificación salarial y social de los maestros, autonomía de la USAC y creación de nuevas Facultades; estímulo al mayor movimiento de creación literaria y artística de la historia nacional, amplio sistema de becas a científicos, artistas y escritores, premio centroamericano a la novela "15 de septiembre -equivalente a 10,000 dólares, certámenes bien remunerados a todas las artes.

Negar semejante obra es tapar el sol con un dedo. Millares de sus beneficiarios y de sus familias están todavía vivos. La Revolución de Octubre no fracasó: LA FRUSTRARON ENTRE EL GOBIERNO YANQUI, LAS COMPAÑIAS BANANERAS Y PETRO-

LERAS, EL ARZOBISPO METROPOLITANO, LOS MILITARES TRAIADORES Y UN PUÑADO DE GENTE DE ULTRA DERECHA CONVENCIDA DE QUE SOLO POR LA FUERZA PODRIAN RECUPERAR SUS PRIVILEGIOS Y EL PODER. La historia de esa invasión está documentada con pelos y señales por científicos y periodistas norteamericanos y europeos -Fruta amarga y los documentos secretos revelados por el propio gobierno yanqui relativos a aquella época no son sino una muestra. Imaginemos cómo sería Guatemala hoy si hubiese continuado aquel proceso de desarrollo capitalista y de modernización institucional sin esa acción infame e inexcusable. Pero la Revolución de Octubre no debe ser nostalgia sino acicate para pensar y actuar en favor de Guatemala.

Las falsas asociaciones

La columna

Dolor de cabeza es para los estudiosos de la literatura o del arte denominar a todos los que producen su obra en un mismo sitio y en una época

determinada. Lo más fácil es llamarlos "generación". Esta clasificación ya se había usado normalmente en Francia y en la propia España desde el siglo XIX; pero fue Ortega y Gasset el que con su indiscutible autoridad de ideólogo después de la primera guerra mundial, la revivió para el mundo de habla española. No tardó mucho en despertar crítica seria de parte de los intelectuales. Hoy, el término "generación" está desacreditado porque si se analiza la creación por estilo, técnica, temática y relación con su origen social, se descubre que artistas y escritores de distintas edades, en distintos sitios y en distintas épocas pueden identificarse como iguales o muy semejantes. En cambio, muy pocos pueden compararse todos o la mayoría de aquellos que nacen en el mismo sitio y en la misma época. Esto se debe especialmente a la enorme diversidad de escuelas, tendencias y estilos que han cundido en el arte y en la literatura durante el siglo XX. Contemporáneos han sido Rómulo Gallegos y André Breton, Octavio Paz y José Revueltas, Matta y Otero, Satie y Bartok, Joyce y Virginia Woolf; es decir, creadores diametralmente opuestos. Por ejemplo, en un mismo sitio y en la misma época y prácticamente de la misma edad

surgieron y trabajaron Miguel Ángel Asturias y Cardoza y Aragón; la misma conciencia y la misma antinomia existen entre Rey Rosa y Méndez Vides. Desde la rebelión de las juventudes, que comienza inmediatamente después de la primera guerra mundial y llega a su excelsitud en los sesenta, gente imberbe hizo cosas mucho más "importantes" que los peinadores de canas. La edad ya no hermana a nadie, ni siquiera, muchas veces, ni a los hijos de los mismos padres. En este siglo de cambios apocalípticos y creaciones prácticamente sin abuelos y a veces hasta sin padres, de pronto han resultado jóvenes abuelos y viejos adolescentes. Yo, por ejemplo, soy más contemporáneo de jóvenes que huelen aún a leche que de los que hicieron a El Imparcial.

Ser contemporáneo ha venido a ser algo distinto a lo tradicional, algo indefinible pero comprensible en el plano de la cosmovisión del mundo que nos rodea, del espíritu que debe animar a la creación y de la responsabilidad y protagonismo histórico de los creadores. Contemporáneos somos los que producimos renuevos hasta con la cal fatigada de los huesos; Ese "sentimiento", esa "realidad", ese

parentesco que nada tiene que ver con la sangre ni con las leyes, no tiene nombre ni lo necesita. Existe por ser, como diría Pessoa. Viejos son los que dan sueño, quitan la fe y creen que todo cambio y toda indagación son funestos y que quien más enhiesto mantiene el índice para tener razón porque suya es la verdad, debe gobernar todos los mundos, desde el de la economía y la política hasta los de la ciencia, el arte y las letras. Picasso, Ezequiel Martínez Estrada, Sartre, Bartok y -lamentablemente- Borges nunca fueron viejos, ni cuando traspasaron los setenta años.

Quién sabe de dónde viene ese simplismo de reducir a generación a los artistas y escritores; tal vez de la noción de pareja, nacida con el Génesis y ampliada a los pares del arca de Noé y a la tribu. Pero cualquier noción de grupo no conduce existencialmente, orgánicamente a ninguna parte, a ningún plano esclarecedor o explicativo. Con mayor razón en literatura y arte, donde uno no requiere necesariamente identificarse con otro y a menudo ni siquiera con uno mismo. No porque los creadores sean mejores que los demás seres humanos ni más dignos de privilegios, sino porque su oficio surge

de la sociedad, pero se practica en la soledad y se asocia a otras creaciones por mera coincidencia.

Cuentos

Con la música a otra parte

“El Periódico” 11/07/1999

Me regalaron un canario, varón y ya enseñado. Apenas es de creer que semejante bicho, cuya presencia en el mundo se reduce a un montoncito de plumas amarillas y un canto a cuya agudeza no llega la voz humana, pueda afectar la vida de las personas cuya tiesura de piel les ha permitido sobrevivir años enteros en este planeta de guerras, lúgubres enfermedades incurables y permanentes riesgos de envenenamiento y tránsito. Pero así es.

La persona que me lo regaló me puso al tanto de la genealogía del canario y de los motivos para salir de él, de ningún modo asimilables a falta de sentimientos, sino que yo, como soy

astronauta y vivo solo, iba a cuidarlo bien; ya no podía retenerlo porque siete canarios habían llegado a la adolescencia y ya era demasiado canto en la casa donde vivían.

Esta historia no tendría desarrollo si en vez de vivir solo me hubiese tocado ser huésped del Louvre cuando tenía mil seiscientos criados de los que no hacen ruido al andar ni son respondones con las señoras ni rompen la cristalería. Pero informo que la criada que tuve dos años consecutivos, de nombre Consuelo Cu, me robó plata y cosas por valor de veintitrés mil quetzales y desapareció sin que hasta ahora haya podido atraparla la Policía. Desde entonces no hay agencia de las que anuncian en el apartado 'domésticos' en la sección económica de los diarios, que me ofrezca un reemplazo con suficientes garantías éticas.

El agradecimiento a la persona donadora me impidió hacer las preguntas necesarias, lo cual me complicó la vida. Por ejemplo: qué comía el canario, cuánto y a qué horas; lo ponía en la sombra o en el sol, debía mantenerse en su jaula –blanca y de una herrería graciosa- o podía,

previamente a cerrar todas las ventanas, dejarlo libre para permitirle volar por el departamento entero –que en realidad no es tan entero porque le faltan algunos espacios relevantes-. Consulté el libro de doña Julia Montano para ver si había datos sobre aves; pero todos se referían a guisarlas y comérselas. Fui al supermercado y me remitieron a un almacén de ‘exclusivas’, donde me dijeron que los canarios sólo comen alpiste y que eso lo venden en la terminal de abastos –fin de mi tercer viaje, no tan venturoso porque me robaron la cartera, y un patojo, antes de salir corriendo, me la devolvió con mis documentos y lo demás vacío-.

Al llegar a casa me asaltó otra duda; cuánto comen los canarios. Esto lo resolví ateniéndome a un viejo proverbio: más vale que sobre a que falte. Medí dos cucharadas de las de café y se las puse dentro de la jaula en la tapadera de la mostaza que se acabó la semana pasada. Dormí mal, soñando esas pesadillas que a veces nos hacen pagar alguna maldad cometida, y lo primero que se me ocurrió al despertar fue destapar la jaula. Sobraba un poco menos de una cucharadita de alpiste, pero el canario gozaba de cabal salud.

Como soy partidario ferviente de la libertad desde que dejó de cumplirse en la revolución francesa, permití volar por toda la casa al canario, por consejos de una sobrina que tiene suelto al perico. Por mero ejercicio deportivo, el canario se golpeaba suavemente contra los vidrios, volaba de Norte a Sur y viceversa parándose en los cuadros y, lo que es el colmo, cagándose en los libros como se dice vulgarmente. Esto se dice fácil, pero no era en cualquier libro, sino en los de poesía, que ocupan el primer anaquel entero de un librero antiguo. Sus preferidos eran Bécquer y Chocano, en coincidencia con mis propios gustos. La caca de los canarios –por fortuna- no es amarilla, sino blanca con puntos grises; sería el colmo que fuera abundante u oliera mal, lo cual puso a salvo la longevidad de los tomos afectados.

La persona que me regaló el canario me llamó por teléfono para preguntarme cómo iba la cosa –así dijo ella, con una modalidad neutra que permitía toda suerte de explicaciones, desde las concretas hasta las abstractas-. Le contesté que bien, gracias. Antes de colgar me informó que el canario se llamaba Kosovar.

Acerqué la cara a la jaula al cubrirla para la noche y con voz meliflua comencé a darle al canario nombres de esos en i, como creo serán los nombres adecuados a estos bichos. El canario me miraba inmóvil en su columpio. Pero cuándo le nombré Kosovar batió las alas, abrió el pico y dijo tres veces pío.

Siguieron los desperfectos. Frente a la ventana de la sala-comedor luce una rama espesa de un hermoso roble. A las cinco de la mañana en punto se para en esa rama un cenzontle y rompe a cantar su nota, una sola que en los extremos sube y baja de manera irregular. Es tan puntual que por su canto se puede poner el reloj, en vista de que desde la privatización no funciona el número 1526, presunto informador del tiempo oficial según la guía telefónica; el concierto diario dura nada más cuatro minutos. Me vuelvo a dormir una hora y de seis a ocho, religiosamente, leo los periódicos, hago gimnasia y me baño y me dispongo a comenzar mi día. Pues bien: en cuanto terminaba el cenzontle cantaba el canario a voz de cuello, seguía el otro y así sucesivamente continuaba el pugilato media hora hasta espantarme el sueño. Refundí la jaula en el baño y fue peor, porque la competencia

artística continuó, empeorada por la buena acústica del baño y por el espíritu de competencia del cenzone, que subió la voz como en los finales de las óperas italianas. Además, estaba en desventaja porque el piar del canario tiene dos notas, una más alta que otra.

Reuní los documentos de embarque, con los certificados veterinarios y las vacunas correspondientes, llené una lata de alpiste y otra con agua potable, tapé la jaula dejándole agujeros para la respiración y la mandé por Courier a lo que quedó de Pristina, Kosovo, Yugoslavia, aprovechando la corriente inmigratoria de los kosovares en los últimos tiempos.

Sólo cinco días siguió cantando el cenzone en su rama durante media hora. Al sexto día puse a todo volumen un altoparlante frente a la ventana y le toqué una fanfarria de Wagner.

No ha vuelto. Ahora lo oigo lejos, quitándole el sueño a cualquier otro vecino amante de la música.

El billete

En memoria de Raymond Carver
“El Periódico” 10/01/1999

Tras esperar que el canario piara a modo de despedida cotidiana cubrió la jaula con la manta que conservaba la quemada de una plancha, comprobó que la puerta de la calle tuviese la cadena de seguridad, espíó la habitación de Tomasito –que antes de dormirse había dejado caer al suelo la revista vedada a los ojos de su madre-, se detuvo frente al cuarto de Elena la criada y no percibió sonido alguno y apagó las luces del corredor. Ver la casa en la oscuridad le producía una vaga sensación de seguridad antes de entrar en su dormitorio.

En el baño y frente al espejo ejecutó minuciosamente la rutina nocturna. No había arruga nueva en su cara ni en el cuello, al peinarse tampoco aparecían otras nuevas y la crema tomada del bote colorado alcanzó como de costumbre para cubrir todas las superficies de la piel. Se lavó los dientes hasta dejarlos brillando en la sonrisa que los exhibía como quien enseña a la maestra el deber cumplido y apagó la luz. En el dormitorio sólo llevó a cabo la inspección del pequeño cofre que escondía bajo las sábanas y

contó el dinero. Faltaba un billete de 20 quetzales. Volcó el cofrecito sobre la cama y recontó billetes y fichas: sí, faltaban 20 quetzales.

Antes de pasar al siguiente pensamiento trató de recordar si la noche de la víspera había contado bien. Sí... aunque no estaba completamente segura de tener la cifra exacta. Arrancó una hoja de la libreta de apuntes, escribió '2,763 con 80 cts.', metió el papelito en la cartera que guardaba en la mesita de noche y se acostó. Después de pensar un tiempo extra en lo de los 20 quetzales detuvo su ritual mirada en la foto del difunto –talvez por menor tiempo que la víspera- y en el cromó del Corazón de Jesús para murmurar sus oraciones y pedirle algo no muy grande. Apoyó en la almohada la cabeza sobre la oreja que menos oía, luego sobre la otra oreja, y se durmió.

El día siguiente transcurrió sin novedades, excepto que Tomasito lucía un ojo morado como saldo de un pleito con algún compañero, y una mancha blancuzca en la chumpa de cuero negro; pero no aceptó curaciones antes de correr a la escuela abotonándose la camisa y con el pelo mojado.

Por la noche, Matilde –así se llamaba la dueña de la casa, pero no le gustaba su nombre; hubiera preferido llamarse Brenda, como las del cine –cumplió sus rutinas hasta llegar al cofrecito. De nuevo lo volcó sobre la cama y con el papelito de la cuenta a la vista, comprobó: ‘2,763 con 80 cts.’

Pero dos noches después, en la modestísima reserva faltaba un billete de 100 quetzales después de contar tres veces.

Su primer impulso fue despertar a Elena, acercarse a su cara y con los ojos echando fuego gritarle: ‘¿Dónde están los 100 quetzales que me robaste?’ Pero no, porque si Elena lo negaba ahí concluía la escena considerando que a media noche el mundo duerme y nadie está para pesquisas. Durmió mal y se despertó antes que nadie en la casa. Desde el comedor, donde esperó para evitar la sala, de cualquier modo, productora de formalidad, oyó el ajeteo de Elena en la cocina y enseguida el susurro de la escoba que barría el corredor y el patio. Pero Matilde ya tenía maduro su plan, incluyendo un desenlace aprendido en la serie de las 4 en la tele.

Tomasito desayunó metiendo hasta las narices en la taza de chocolate, se limpió la boca con el mantel sin atender a las suaves protestas de su madre – ‘Pero hijo, ahí tienes la servilleta- y salió corriendo a la escuela. Matilde esperó que dieran las 8 y media y mandó a Elena a comprar una larga lista de artículos al supermercado.

- ¿Quiere que le sirva su desayuno antes? - preguntó Elena.

-No- repuso Matilde con grosería; enseguida corrigió el tono: -No, gracias.

Date prisa y vas a hacer el mandado.

Matilde abrió la ventana y encendió la luz en el cuarto de Elena. Olía a gente dormida. No se había fijado bien en lo poco que suelen poseer algunas personas. Sobre la mesa coja había algunas fichas de a diez centavos, un peine rojo con pelos, un cepillo y una jabonera. Atravesando una esquina del cuarto se tendía un lazo con tres vestidos colgados. Matilde examinó pieza por pieza todo lo que ahí había; la almohada no tenía agujeros, pero el colchón sí, dos más de los que sufría cuando le compró colchón nuevo a Tomasito y le dio el viejo a la criada. Escarbó el colchón por todos lados y antes de salir restauró el orden particular de todo lo que había tocado. ‘Los detectives también borran con un

trapo sus huellas digitales', pensó recurriendo de nuevo al programa de la tele.

Y con igual acuciosidad buscó en la cocina, donde la aglomeración de cosas era mucho mayor.

Sonó el timbre de la puerta de la calle y Matilde se sobresaltó.

'¿Quién será, ¿quién será a estas horas, por el amor de Dios? Algún cobrador, tal vez, o alguien que vende algo. O los secuestradores'. Tocaron de nuevo y tras anunciar fuerte 'voy', Matilde abrió. Era Isabel, la vecina, que llegaba por su dosis de conversación y para dar nuevos detalles de lo que más le preocupaba: el embarazo de su hija y la indiferencia del marido, a quien llamaba por lo menos 'el tipo ese'.

Necesitaba también un poco de aceite de cocinar.

Aprovechando un receso, que de seguro iba a ser breve, Matilde le contó lo de los 100 quetzales.

-Pero qué barbaridad... Valiente ladrona. Es que son unas desagradecidas. ¿Ya vio si le falta algo más en la casa? - dijo.

-Ya busqué hasta en las macetas de los geranios. Falta el cuarto de Tomasito; pero no creo que esa mujer se atreva a esconder nada ahí. Además, a él no le gusta que le toquen sus cosas.

-Pero no puede completar su examen sin ese cuarto, chula. Si quiere yo la ayudo.

-No se moleste- dijo Matilde.

-No es molestia, Matildita; sólo eso faltaba- dijo Isabel poniéndose de pie y con una mirada que distaba poco de la ferocidad.

Matilde se hizo de rogar; pero al fin aceptó. Para ella todo lo concerniente al hijo era un sacrario.

El casamiento

“El Periódico” 18/04/1999

La clase que más le gustaba era la de geografía; la seño Mirita explicaba con las manos y no se podía dudar de que el mundo era redondo y los planetas también, y además andaban por ahí volando alrededor del sol, que también era redondo –como una naranja grandísima-, decía ella abriendo los brazos, y entonces se le veían las axilas oscuras, misteriosas, como nido de canarios negros, si no fueran amarillos. También la hora de gimnasia era linda. Ella ponía todos los modelos, enseñaba los movimientos y se veía preciosa, verdaderamente preciosa

cuando se le pegaba el vestido al cuerpo y le sudaban la frente y las sienes y se secaba con una toalla y se peinaba con los dedos y le caía el pelo desordenado y alegre por la espalda. 'Bueno, se acabó: nos vemos mañana, y se portan bien. Y vos –lo señalaba-, no te olvidés de traerme el deber que me debés'. No era regaño porque le sonreía y lo saludaba con la mano al despedirse y alejarse con la gracia de una foca en el mar. Y a Marcelito le corría por la espalda un suave chorro de agua tibia y le entraban ganas de cerrar los ojos y de estar ya dormido para seguir soñando con ella, la seño Mirita, la cosa más hermosa de la tierra.

Marcelito le llevaba todos los días una flor recogida del campo, un palito dorado, una piedrecita roja o rosada o azul, una estampita con querubines o esas de antes, con novios mirándose a los ojos y palomitas. Un día le dio el trozo de pastel hecho por su madre que le había tocado en la sabia distribución entre la familia, el más grande por ser el día de su cumpleaños; pero la seño Mirita le dijo que los regalos no se regalan porque trae mala suerte. 'Mejor te lo comés vos porque estás muy flaco'.

Tal vez la seño no quiso el pastel porque estaba medio mallugado, aunque hecho por manos de cariño, o porque estaba a dieta para adelgazar. Pero cómo no iba a engordar si comía chicles y chupaba bolitas de caramelos y mordisqueaba merengues regándose polvito blanco en el pecho y comía galletas en los recreos. 'Si se lo regalara el cabrón del maestro de ciencias de seguro se lo aceptaba', pensó Marcelito: suponía que le contaba cosas divertidas porque ella se reía con todos los dientes. Se fue sin despedirse y buscó el basurero más cundido de hormigas para tirar el pastel como quien lanza a segunda base una pelota.

Una tarde llovía a cántaros y Mirita se quedó en la clase ordenando sus papeles; canturreaba una de esas melodías medio inventadas con las que la gente se acompaña cuando está sola. No había más luz que la proyectada sobre la mesa de trabajo; el resto era penumbra y Marcelito aprovechó para entrar sin ruido y sentarse a mirarla en silencio, como se mira a los santos en la iglesia. Pero Mirita lo sintió y preguntó quién era. Marcelito se acercó lentamente a la mesa. 'Está lloviendo y no podemos

irnos', dijo ella. 'Quiero preguntarle unas cosas', dijo él. 'Mañana en clase. No me gusta hablar de ciencias fuera del trabajo'. 'No es de eso. Sólo le pregunto si no le molesta que la quiera'. 'No. Yo también te quiero bien'. Marcelito no esperaba esa respuesta y se desconcertó; pero en realidad no sabía qué esperaba. En cambio, recordaba muy bien las cosas destinadas a decírselas en la primera oportunidad, y aquí de nuevo Marcelito entraba en dudas sobre cómo debería ser esa oportunidad. 'Hay muchas maneras de querer, ¿verdad?', dijo despacio. 'Si. Todos queremos de diferente manera'. '¿Y no es mejor quererse de la misma manera?'. 'Tal vez sí; no se', dijo ella y empezó a guardar sus papeles. 'Como yo la quiero no se parece a nada'. 'Qué bueno', dijo ella afablemente. '¿Me da un beso?', se le salió a él sin reparar en su desfachatez, en su audacia de hablar así a un ser objeto de su mayor reverencia; no se dio tiempo para sentirse como asaltante, como blasfemo digno de ejemplar castigo, por ejemplo, la exposición en público pintado de payaso y con un gorro rematado por un cencerro. Mirita puso esa cara tutelar de las enfermeras cuidadoras de pobres y le dio un beso en la frente.

Marcelito pensó de súbito en su madre y no se movió, temiendo que un puñado de sus compañeros menos amigos agazapados en la penumbra murmuraran groserías y burlas y comentarios humillantes. 'Así no, yo quiero como en el cine', pensó adolorido, defraudado, rebajado en su dignidad y en su esperanza. Sin decir ni una palabra más salió a grandes trancos del cuarto y corrió bajo los aguaceros en dirección opuesta a donde vivía, agradecido de que lloviera y no se le notaran las lágrimas.

De la dirección preguntaron a su casa si estaba enfermo porque llevaba días de no asistir a la escuela. Su padre estaba muy enojado; nunca le pegaba, pero esta vez lo cernió por los hombros y le lanzó todos sus gritos a la cara y quiso averiguar el porqué de las ausencias. Marcelito contestó nada más: 'No se', y se quedó esperando, con la impresionante resignación de los antiguos mártires cristianos antes de que los descuartizaran cuatro potros galopando enloquecidos en direcciones distintas. La madre se puso a llorar, como siempre. Por la noche fue a tocarle la frente para ver si estaba enfermo, rogó a Dios protección para él y quedó en espera de que quisiera

decirle algo; luego se fue, cerrando dulcemente la puerta. Todo lo que hacía su madre daba ganas de agradecer.

Marcelito volvió a la escuela con aire de sonámbulo. Sin dirigir los ojos a la maestra tomaba sus notas y mantenía el silencio pasivo de los haraganes de la clase. A los pocos días lo retuvo Mirita para corregirle un trabajo. El sintió que el corazón le daba de golpes en el pecho. ‘¿Qué te pasa? ¿Ya no me quieres?’, le preguntó ella con su mejor sonrisa, la de decir ‘Mejor te vas a tu casa porque parece que estás enfermo’. El aclaró la voz como si fuera a cantar. ‘No me pasa nada, señor’. ‘Como estás tan raro...’. Marcelito buscó cuidadosamente las palabras y dijo con el sigilo de quien comunica un secreto: ‘Es que yo la quiero todavía’. ‘Pero eso es bueno, ¿no?’. ‘Y me quiero casar con usted’, dijo con la seguridad adulta de quien ha memorizado bien su mensaje y ha llegado al final de larguísimas negociaciones. Mirita se llevó lentamente las manos a la cara para ocultar cualquier expresión jovial, sarcástica, triste, condenatoria o teñida de mala sorpresa. Con el infinito cuidado de tocar a un pájaro caído por casualidad dentro de la casa tras golpearse contra los cristales, le puso

una mano en el hombro y dijo: 'Pero Marcelito, eso sólo lo hacen los grandes. Yo ya soy grande; pero vos no'. 'Eso no importa. Un día me dijo usted que no importaba. ¿Se acuerda?' 'Si; pero no estábamos hablando de ... de eso'. 'Si. Usted me lo dijo', y la voz trizada contenía reproche, cólera y dolor. 'Si; pero eso no se puede, Marcelito'. '¿Por qué no, seño, si yo la quiero?' 'Marcelito, por favor, yo también te quiero bien; pero tenés sólo ocho años'.

Marcelito retomó despacio sus libros y cuadernos y mirando a los ojos de la maestra dijo: 'Si, ocho años nada más'. 'Perdóname: yo no te quiero hacer sufrir. Lo que te sucede conmigo es normal en las escuelas. También de niñas nos enamoramos de los maestros. Es muy bonito; pero luego pasa y se recuerda siempre con gran ternura. Ya verás: lo mismo te va a pasar cuando seás grande'. 'Sí, seño', dijo Marcelito con esa voz remota y casi indiferente con la cual suele contestarse a los catequistas empeñados en salvarnos el alma. Y se fue a paso seguro.

La puerta quedó franca y el gentío del barrio entró en la casa porque nadie

contestaba a su llamado. El cuarto de Marcelito estaba tapizado con pancartas y estampas y esa cantidad de objetos que suelen convertir a los niños en adornos trascendentales. En un sillón, la madre inmóvil, desmayada; el padre había quedado con el brazo extendido, como para impedir que algo sucediera o para señalar lo increíble, y la hija, desgreñada y enloquecida le gritaba: '¡Es culpa tuya, tuya, por dejar sin llave tu escritorio!'

Tendido en la cama estaba Marcelito, con la pistola en la mano como acariciándola con cierta ternura. El dolor de su alma y de su cuerpo y la entrada en la muerte habían dejado vestigios amargos en su rostro. Nadie aún cumplía el ritual de cerrarle los ojos.

De la sien derecha brotaba la sangre, limpia y mansa.

El extraño vientre de los dioses

Especial para Crónica, 24/04/1992

Por fin concluyeron las faenas. Ninguna parte del orden anterior fue

conservado, ni siquiera el de la ropa en los armarios o el de la valija en la vitrina del comedor –lujo de familia, herencia de abuelos-. “Una mudanza es igual a un cambio de país; hay que comenzar de nuevo”, dijo el coronel Modesto con ese modo tan suyo de ordenar sin que lo pareciera. A toda la familia le encantaba hacer lo que el deseaba; parecía descubrir tierras ignotas, aventuras de cuento que estremece cuando uno está aprendiendo a soñar. Él era el único que conocía la vastedad del mundo de afuera, el que llevaba las noticias como los antiguos juglares que vagaban por los caminos acelerando el corazón con sus historias quizá ciertas, quizá inventadas (esa duda era su mayor encanto). Para la familia la innumerable gente de afuera pertenecía a la novela, a los versos; todos eran buenos, hermosos, alegres. Si: otro cambio de casa, además de los siete u ocho que recordaba la familia sin la menor nostalgia por algo valioso dejado atrás. Su capacidad de olvido era como un juego encantador. Ellos no conocían el dinero e ignoraban lo que era la propiedad, el furioso vínculo entre las personas y las cosas. Comunes eran las muñecas, los cepillos de dientes, los libros, las camas, el perro lanudo, los dos gatos cebados e infinitamente

haraganes. En ese uso común también había una suerte de renovación constante, de multiplicación del mundo. Todos ayudaban. La vieja maestra no dio clases y así quedó liberada la energía explosiva de cada quien, para hacer, para asumir generosamente el afán propio y la ayuda al ajeno. Al parejo trabajaron María (la madre) y las cuatro muchachas, que también se llamaban así además de algún otro nombre: María del Rosario, María de los Ángeles, María de los Carmenes, María de los Dolores, lo cual, simultáneamente, confirmaba los devotos sentimientos de la familia. Hasta el hijo, Nicanor (Nico), que aún no llegaba a los ocho años, cargo bultos y desempaco platos y vasos sin romper uno solo. Para todos, la reubicación total de las pertenencias y los adornos fue motivo de verdadera felicidad y agradecimiento. Casi como vestir de luces el árbol de Navidad. El coronel Modesto llevo flores para adorno del Cristo de la flagelación, que desde la sala presidía la vida de la casa.

Estaban comiendo el pastel de fiesta en el comedor cuando María de los Dolores (rezagada por dar de comer al perro Nerón) llevo a entregarle al padre dos llavines reunidos en una argolla.

Demudado, el coronel se puso de pie de un salto y le preguntó dónde los había encontrado. –Allí, junto a los baúles- informo la niña, mientras se comía una montaña de pastel. El coronel se le acercó hasta verle el fondo de los ojos y sólo encontró inocencia y cierta sorpresa mezclada con el temor. María le preguntó si se sentía mal y él, secándose la frente, dijo que no: pero dejó pasar la comida sin tocarla. La casa tenía doble puerta y a ninguno de sus moradores le estaba permitido traspasarlas; la que daba a la calle no se abría sino cuando la anterior se cerraba. Un sargento de día y otro de noche montaban guardia en una caseta situada entr ambas puertas; vejancones, sombríos, a estos hombres los habían castrado cuando el levantamiento de Altatierra; fue cuando comienza a ascender la buena estrella del entonces subteniente Modesto. Ambos, la maestra y una criada de muy escasas palabras vivían en el tercer patio con los dos mastines –amarrados de día-, las gallinas ponedoras y los bultos de víveres rebalsando de la bodega, surtida como en previsión de una larga guerra. La criada tenía una cicatriz de la ceja hasta el cogote, y con bravío desplante parecía lucirla.

Aparte del coronel, era la única persona autorizada para salir de la casa, y solo a comprar víveres o alguna medicina de urgencia. Entre sus atribuciones estaba dejarse vestir de mamarracho para regocijo de las niñas y no moverse mientras Nico, en sus accesos de furor, le arañaba las manos; menos mal que dejó de morderla porque doña María le advirtió que las criadas eran puercas y contagiaban enfermedades. La criada era la exclusiva encargada de alimentar y amarrar a los mastines desde que se volvieron fieras tras despedazar al niño que, instigado por las fantasías urdidas por los vecinos en torno a aquella casa emisora de lejanos y extraños murmullos, saltó la barda de atrás para curiosear, mientras su pandilla esperaba afuera. Era justamente la curiosidad del barrio ya convertida en asedio la causa de las mudanzas de los Modesto. Para fisgonear entre las robustas puertas de la casa de los misterios, las mujeres, sobre todo, pretextaban recaudaciones vitales, cooperaciones para el culto de la Virgen patrona, cuotas para comprar el cajón del muertito miserable. Los Modesto escapaban de noche, con la complicidad de un extraño apagón del barrio entero y sin hacer el menor ruido.

Las niñas sólo jugaban en silencio y dentro de las habitaciones, nunca en el tercer patio, para no hacer ladrar a los mastines con una furia capaz de alcanzar hasta el horizonte. Canturreaban villancicos y rondas casi al volumen de los murmullos.

Apenas les daba el sol y las encerraban al despuntar la noche “para que no les caiga el sereno porque es malo”, opinaba doña María. En la casa sólo se tocaba música de otros tiempos, en una vitrola cuya bocina servía de escondite a los tesoros de los niños y de nido a las arañas. Los habitantes de la casa ignoraban lo que es un aparato de televisión, un periódico. Nico no cantaba nunca; pero la madre le toleraba que en ausencia del coronel volcara sus cóleras en gritos agudísimos, semejantes a los berridos de los cerdos. El coronel pasaba algunos días en casa, sin rasurarse y en pantuflas de piel de borrego. Se instalaba en una hamaca amarrada a los pilares del segundo patio y acariciando a su gato preferido, leía cuentos de niños, revistas con mujeres desnudas y panfletos con anuncios de viajes exóticos. Luego dormitaba con amarga contracción de la cara, despertaba sobresaltado, encendía por

enésima vez su puro y reanudaba su lectura. Pero normalmente tenía “llamada” y pasaba varios días fuera. Llevaba entonces dos pesadas valijas con sus “instrumentos de trabajo” – según decían los rótulos-, que el chofer depositaba junto al coronel en el asiento trasero del auto blindado. El coronel miraba las valijas como a personas de su entrañable afecto. Doña María lo presentaba a sus hijos como un gran ingeniero. “Allá fuera hay miles de máquinas y solo él sabe repararlas”, explicaba. Pero los niños no conocían aquella mágica herramienta, que el padre custodiaba en dos grandes baúles cerrados con chapas inexpugnables. “Todo es de pura plata y ciega de tanto que brilla”, fantaseaba la mujer conforme crecía el misterio, hasta que los niños lo soñaban en forma de avión supersónico de los que surcaban en un instante el cielo al alcance de sus miradas. Los baúles, negros y chapeados de bronce, crecían y crecían hasta ocupar la casa entera. Entraban en casi todos los juegos. Los cinco niños pegaban la oreja a su frío metal y escuchaban campanitas, música, voces, trinos de pájaros. María de los Ángeles percibió también el llanto de una mujer y un gemido largo que se fugaba sobre una inmensa extensión de tejados. “Ahí

viven unos enanitos”, reveló; porque en la casa nadie podía adivinar que era lo realmente grande. Pero cuando las diez manos llamaban con los nudillos, suave por si allá adentro estaban dormidos, los baúles se convertían en moles de silencio. Los baúles ya eran divinidades, seres providentes y amigos, tal vez un poco temibles, como todas las divinidades. Una noche de tormenta, María de los Carmenes (ya tenía duraznos en los pechos) despertó a sus hermanas y las condujo sigilosamente al dormitorio de los padres, que se habían olvidado de cerrar la puerta. Alzaban las sábanas como fantasmas, convirtiéndolas en un blando mar de azúcar; gemían y se acababan el aire con la respiración. Los niños se arrodillaron y se pusieron a rezar, sintiendo la proximidad de lo sagrado. Los baúles eran todavía más santos que aquel magnifico rito de jadeos. Los niños los adornaban con sartas de hojas y cáscaras de frutas, insectos, retazos de sus cuadernos escolares, lagrimas recogidas en frasquitos, mensajes cerrados llenos de bendiciones y gratitud y suplicas y amor y faltas de ortografía. Todo lo que se moría en la casa iba a reposar junto a los dioses tranquilos y henchidos de portentosa invisible vida, morada de

enanos que se amaban bajo sabanas de azúcar. Al principio, doña María observaba, divertida, las complejidades de aquel culto; después creyó y fue salva: apenas dejaba dormidos a sus hijos, acudía a los dioses y les rezaba y les regalaba caramelos y pequeños bordados hechos con sus propios cabellos. Los niños no se asombraban de encontrar esas dadas junto a las suyas. “Son cosas de los ángeles y respuestas de los dioses”, decían. Las ofrendas eran un secreto, una delicia de fraternidad.

Antes de que llegara el padre se esfumaban y las divinidades recobraban su forma de baúles, que era otra de sus reencarnaciones. Después de largos conciliábulos celebrados al amparo de la oscuridad y apenas los padres se dormían, los feligreses de los baúles decidieron abrirlos. Solo de admitir semejante audacia se llenaron de terror, pero también de soberbia y ánimo por haberse atrevido a tanto. Era igual que robarse el fuego de los cielos, igual que averiguar por qué nacen y crecen los niños; pero ellos rehusaban meterse en los laberintos. Fue electo Nico, el niño furioso, por ser el hombre de la familia y el menos visible, dados su tamaño y condición. El primer trabajo era

conseguir las llaves; después se pensaría en la ceremonia. Porque desde que descubrieron a los dioses los niños amaban las ceremonias. El coronel llegó a su casa con sangre manando del costado derecho y chorreada hasta el zapato. Con la mano hecha garra se apretaba la herida; estaba pálido y le rechinaban los dientes. El sargento de turno lo sostuvo hasta tenderlo en la cama. Haciendo un enorme esfuerzo, María llamó al médico. Al destaparle la herida se desmayó; era un profundo corte de destazador de reses. La casa entera enloqueció; las niñas lloraban a gritos; nunca habían visto sangre y menos la de su padre, para ellas un ser invulnerable y mitológico, hijo de padres iguales a él y de abuelos emparentados con los dioses.

Ahora se humanizaba, se empequeñecía, contraído en la cama; de las entrañas le salía un tristísimo gemido de niño. El espanto le desfiguraba la cara, como cuando lo despertaban las pesadillas; las niñas ignoraban el poder del dolor sobre la gente. Por primera vez veían a ese hombre desfigurado del que, sin embargo, brotaba una sangre brillante y hermosa. De rodillas, las manos

descoloridas por el sufrimiento y la plegaria, la madre ya había llorado todas las lágrimas y repartía la mirada entre el vendaje pegado a la herida y la puerta por donde entraría el médico. Después de la operación, el coronel cayó en sopor. Una respiración honda, irregular y entrecortada invadía la casa, donde todo parecía silencio después de los afanes que la tuvieron en vilo.

Manos duras sacudieron a Nico. El niño encendió la luz. María de los Dolores dormía con una firmeza mineral; no había nadie más en el cuarto. El niño tardo en despabilarse del todo; y como quien pasa una estafeta de fuego, dio a su hermana las llaves que habían dejado sobre su cama. La grey se congregó junto a sus altares; nadie hablaba. Nico abrió la primera cerradura y las muchachas retrocedieron temblando; pero nada surgió del baúl. Cautelosamente se asomaron al interior, con las manos entrelazadas como para rezar. María de los Dolores, la hermana mayor, se atrevió a comenzar la requisa. Pistolas, esposas, estuches de navajas y bisturíes, cordeles de varios gruesos, capuchas de celofán, manoplas, taladros de dentistería, tenazas, soldadores, serruchos, torniquetes,

frascos conteniendo polvos y líquidos, mordazas, sopletes, mascarillas, venenos marcados con tibias y calavera, purgantes, vomitivos, alambre de púas, lijas, sogas, tablas con clavos, látigos, prensas para apretar diversos volúmenes, destripadores de limones, pinzas, extractores de dientes, jeringas hipodérmicas, una especie de tenaza para sacar los ojos... No era muy distinto el otro baúl; pero además contenía mechones de pelo, dentaduras postizas, armaduras de anteojos, huesos humanos, todo clasificado con nombres, fechas y una clave en letras y números. Había también varios libros de apuntes llenos de datos y cuatro gruesos álbumes de fotografías. Pero ya no pudieron ver más a los niños porque provino algún rumor de la habitación de sus padres y en tropel corrieron a acostarse. Inmóviles, con el corazón trastornado, esperaron algo (ellos siempre esperaban algo). María de los Dolores y María de los Carmenes se incorporaron lentamente y hablaron hasta el amanecer; los demás dormían. Lo que acababan de ver era para ellos absolutamente incomprensible; como un montón de reliquias antediluvianas, o como despojos del fondo de mares donde ha habido muchos naufragios. No imaginaban por que los dioses

poseen tan extrañas cosas en el vientre. Ahora que los entendían menos, nacían nuevas causas para seguir creyendo en ellos. De lo contrario se quedarían sin algo a quien ofrecer, amorosamente, sus humildes homenajes. Y orando sus plegarias, también las dos muchachas se durmieron.

La gemela

“Revista Crónica” 3/07/1992

Morena hasta la exasperación. La risa más blanca de todos los dientes del mundo. Transparente, translúcido, su cuerpo no cortaba la imagen de un pájaro en vuelo ni proyectaba sombra. Le dio el frasco de cristal. Preguntó que era y ella respondió con su sonrisa de responder: “Un filtro, el perfume que más te guste, un remedio de males; es lo único que tenemos nuestro, de nadie más”. “Un bebedizo, un brebaje, magia”, reflexionó el cómo preguntando para que más servía. “Para lo que quieras, y para que no te duela mucho si me olvidas. Sabe a lo que más te guste; cura los ardores de la piel y la inquietud del sexo y te despierta si sabes tomar el

avión; quita y da hambre; también sirve para matar moscas, cucarachas y fieras”. El pregunto si mataba gente y ella dijo que sí, mientras le acariciaba el pecho como quien alisa un erial para sembrarle trigo. El preguntó si curaba de la muerte y ella lo negó. “Lo pondré a la sombra, fuera del alcance de los niños y de las hormigas diminutas que trepan hasta la punta de los rascacielos buscando migas de pan y granitos de azúcar, y lo sacare solo de noche, cuando no vengas y me sienta solo en toda la anchura del mundo”. Así dijo el. Ella le dio las gracias; siempre las daba, aunque nada recibiera. Parecía agradecer hasta que la mirasen con alguna benevolencia. Él pensó en las maravillas de su líquido. Lo probaría jugando; por ejemplo, contra los niños que desde los campanarios se orinan sobre los que pasan, o para protegerse de la embestida de los camiones sin piloto que corren enloquecidos y demuelen las casas de los pobres. Y se cansó porque eran demasiadas palabras.

La gente le hubiera dicho Gemela si la conociera; pero ella no revelaba a quien conocía. Gemela la nombraba por qué tenía una hermana idéntica; así decía ella. Unas veces contaba haber

nacido en el Mar Negro, donde se habla ruso y otras en el Mar Muerto, donde se habla hebreo. Él preguntó si también en el Mar de los Sargazos; pero ella dijo que no. Él había olvidado el tomo de geografía y preguntó dónde quedaban aquellos mares. “Lo que importa es que existen”, dijo ella, y no volvió a hablar de su origen. Eso le daba cierto encanto; a los pájaros tampoco se les pregunta de dónde vienen, pensó él a manera de disculpa.

Una noche sin lluvia ella le contó que su madre había muerto de amor en un manicomio; dejó escrito que le heredaba el filtro y a la otra gemela un librito con muchas palabras. La gemela la diviso por última vez en la ventana más alta del muro, con enfermeras y un médico con cara de sabio de esos que hablan en tercera persona del plural, como el Papa. La madre se cortó las venas con un carámbano. Él no sabía que era eso y ella explicó que era un cuchillo de hielo. Él quiso saber por qué la madre no había usado el filtro maravilloso y ella explicó que no servía contra la muerte. Él dijo que le apenaba el fin de la señora y la Gemela preguntó por qué; él lo pensó y no pudo contestar porque no sabía por qué le apenaba aquello; a lo mejor y en realidad no le

importaba. Se iba antes del amanecer. Una vez el despertó sonriendo, como cuando uno sueña algo que de tan precioso se olvida. Ella estaba de pie en el vano de la puerta, mirando lejos. Era transparente. Echó andar despacio y luego corrió por la calle hasta perderse detrás del kiosco de los periódicos que anunciaban guerras y nuevas pestes incurables. Solo dejó la huella de su pelo ennegreciendo la madrugada. Él le preguntaba acercándose para verla por los ojos; pero todo era oscuro allá adentro, apenas iluminado por chispazos violáceos. Cuando le preguntaba a donde iba ella decía: “A trabajar”. Entonces el cantaba: “Yo tenía una guacamaya amarrada por un pie / y como era tan canalla / se desamarró y se fue. Vuela, vuela, vuela / vuela voladora, / si me has de querer mañana vámonos queriendo ahora”. Ella no sabía cantar, pero le gustaba la marcha fúnebre de Beethoven y el “Réquiem” de Mozart. Él sabía un antiguo responso de campesinos; ella solo recordaba una oración y la recitaba hincada, mirándole el sexo. Una vez quiso echarle gotas del frasquito de cristal para que le creciera, “porque solo se puede rezar bien ante algo grande”, dijo, y menciono las ceibas, las montañas, las catedrales, las pirámides.

El aclaró que una cosa es la arquitectura y otra la anatomía; pero ella ni siquiera sonrió.

Entonces el descubrió que ella no reía nunca. Hasta su sonrisa tenía algo del rictus de cuándo se va a llorar; pero ella tampoco sabía llorar. “Mañana no vengo porque estoy de turno en el hospital”. Él quiso saber qué hacía ahí y ella explico que contaba cuentos a las parturientas de hijos muertos y a los que estaban tristes sin saber por qué. Él le dijo que si le contaba cuentos le regalaría flores; ella rehusó porque no le gustaba nada semejante a las despedidas. “El agradecimiento es una forma de despedirse”, añadió. “Al contrario, es forma de la compañía”, repuso él.

Paso la luna, la tercera luna después del eclipse, así miden el tiempo los que carecen de reloj, de ovejas preñadas y árboles cargados de frutos recién nacidos y aun expuestos a las heladas y a los grandes vientos.

Hablaron cosas muy bonitas y el propuso grabarlas. Ella le dijo que estaba loco porque las palabras no son para quedarse, sino para irse; él quiso averiguar a donde se van y ella solo alzó los hombros y las cejas.

Cuando hacían el amor ella se le pegaba a todo el cuerpo como una sábana fresca, casi fría. Era muy grato en verano; pero, ¿cómo sería en invierno y si estuviesen en un lugar donde nevara?

Con frecuencia a ella se le lanzaba el corazón al galope, igual que si le ocupara todo el pecho. Él dijo que solo faltaba el resto de la orquesta para producir música. El viernes no llegó porque dijo que modelaba para un viejo pintor a quien se le llenaban los ojos de lágrimas cuando la hacía constar lentamente en la tela. A él le enfurecían cada día más los misterios. Ella dijo con tristeza: “Mi soledad es solo mía; perdóname”. “Yo también quiero estar triste para que no te vayas. Pensaré: la que viene no es ella sino su hermana que me odia y me quiere robar el filtro de cristal. Nunca sabré a quien amo, y quien me odia y quien me ama de las dos. Es horrible; el amor es de dos, no alcanza para más”, dijo él, y se cansó porque eran demasiadas palabras. Ella lo besó desesperadamente, como en el andén de los trenes, y le hizo jurar que no se preocuparía más por su hermana. Él se lo juró; pero ningún juramento se cumple. Sentirse miserable de ese

modo era una amargura larga y cada vez más honda, y decidió alzar todos los velos. “A ver si no me pasa como con las llamas de las velas cuando se soplan fuerte para ver si en realidad son fuego”, murmuro, porque estaba solo.

Se le ocurrió marcarla en la espalda con tinta indeleble preparada por la hechicería; la hizo memorizar una consigna con un santo y seña como el de franquear centinelas. Pero de nada sirvió porque lo primero que hacia la Gemela al aparecer era echarse una gota del filtro maravilloso y al desnudarse estaba limpia, como tras un baño lustral. Lleno de rencor por la derrota, pregunto por qué se echaba aquel líquido y ella dijo que para amar.

Cuando estaba a punto de abrirse el día, él se unió por las muñecas a ella con abrazaderas como las de los policías. “No te iras de nuevo; ya no te separaras de mi”. Si no sintiera que me amas no haría esto”. Ella lo tranquilizo con palabras tiernas y le suplico: “No te encadenes; ya estamos juntos por unos lazos invisibles y debes gozar de toda la soledad y la libertad que te quedan. Cree en mí; nuestro destino es el mismo”. Aquellas palabras le devolvieron la calma, como oyendo

correr el agua; pero nada entendió, sólo la fe, que se parecía a ver sin ojos. Le acarició la mejilla helada, respiró hondo y la dejó libre.

Se le ocurrió algo más: esconder el frasquito de cristal; así todo podría ser menos mágico y las cosas verdaderas se dejarían tocar dócilmente con las manos. Más al presentarse la Gemela fue directamente al escondite y se echó la gota para amar. El la agarró por el cabello y la sacudió con toda su furia. “Me quieres matar, ¿verdad?” Ella lo apartó sin violencia, como si le tuviera puestas las manos encima estando dormido y le dijo a pequeña voz: “¿Por qué quieres sufrir? Yo no puedo consolarte”.

Él le abrazó las rodillas y permaneció así junto a la tierra y en silencio, porque se habían acabado las palabras. Ella comprendió que él necesitaba oír que lo amaba y se lo dijo muchas veces, hasta que sonó como la letanía de una oración –y en el fondo lo era-. “¿Dónde está tu hermana? Me volveré loco si no la traes”, suplico él. “Lejos, donde no hay guerra; pero volverá pronto. Ella trabaja muy de prisa”. Cuando hicieron el amor atrancaron todas las ventanas para alargar la noche.

Mediado iba su dormir cuando soñó que las Gemelas llegaban juntas, silenciosas y lo miraban sin expresión alguna, como si fuese de aire. Un instinto inexplicable lo condujo a la Gemela suya y la beso con cuidado de algodón, para que no se desvaneciera; porque los sueños se desvanecen para que uno sepa que son sueños. La otra Gemela recorrió la habitación tocando con un dedo las uvas, los nardos, las dagas, las arenas traídas de los siete mares, la alfombra con sus delfines azules, el libro abierto sin letras ni dibujos. De pronto se detuvo en seco y se le incendiaron los ojos cuando, en una lengua extraña, que sin embargo él entendía, dijo a su hermana: “Maldita... Lo amás y te irás y te lo llevarás dejándome sola. Pero no tendrás a donde ir. Esa es mi victoria”.

Él hizo una fuerza descomunal para no despertar y vio que por primera vez su Gemela sonreía sin tristeza, lo tomaba de la mano atada a la suya con sus cabellos y se lo llevaba por una senda que desde el principio no tenía fin.

El soñó también que estaba dormido y ya no despertaría nunca.

Los inventores de la muerte

Siglo XXI 12/12/1993

Tan leve era la maldición de trabajar que ni les sudaba la frente. Las semillas daban cinco mil por uno y los campos se abrían en todas direcciones, despoblados y generosos. Había tanto de comer que ni siquiera daba hambre. Aún no se contaba el tiempo: lo mismo daba día que noche; los dedos bastaban para enumerar las cosas, la gente, las razones para tener razón.

Aún no existía la memoria, pero no por falta de algo que recordar; porque no se puede estar aquí en este mundo sin acumular dulzuras del tacto, melodías al oído, olor a gardenia y a tierra mojada, algo bello de qué reír y algún dolor nuevo, advertido tras al acecho de esa especie de corazón despierto donde se almacenan los dolores hasta que salen convertidos en sangre o en olvido.

Acabados el trabajo y el juego inventaron el canto, la danza, la poesía y amasaron formas imposibles y estrellas con el barro quemado al sol; la

noche les alcanzaba hasta para descubrir constelaciones y ponerles nombres y averiguar sus rumbos y sus fraternidades en el cielo. Deslumbraba vivir en un mundo cundido de cosas que esperaban nombre y sentido. Por el rescoldo que dejó un rayo al partir una encina descubrieron el fuego y lo supieron sagrado.

Abel era el que más preguntaba, tal vez porque sabía, aunque nadie le enseñaba. Ninguno le explicó por qué le brotaban gotas de agua de los dedos para regar el surco o para suavizar los caminos a las hormigas en el pasto; por qué corría a la vera de los abismos sin resbalar, por qué no lo mordían las serpientes ni le hacían daño los alacranes. Abel era tan armonioso que parecía no estar ahí, seguro como todo lo que se ve y se palpa. Tenía los ojos tan brillantes que los niños se miraban en ellos.

También él era el preferido de los padres, de los otros hermanos, sobre todo las mujeres: cuando dormía le trenzaban el pelo con flores, le ungían los pies con mirra y le lamían el pecho.

Abel era hermoso y les caía en gracia: hablaba siempre de lo que no

existía y de lo que se miraba antes de que Dios les soplara los ojos a sus padres. El había buscado a Dios por todas partes, en lo oscuro, debajo de las aguas, en el corazón de los árboles cuando los partía el rayo, en la mitad de sus sueños. Lo había llamado a gritos desde la punta de los volcanes cuando se enojaba y soplaban tempestades sobre la faz de la tierra. Pero seguramente Dios se había desentendido de la familia desde que su ángel echó a los padres del paraíso por rivalizar con él al convertirse en creadores. Tal vez no quería oír sus recriminaciones ni sus ruegos; porque sus criaturas habían aprendido a quejarse solas, desde que los ángeles desaparecieron para siempre. Sólo Abel se acordaba del paraíso, aunque existió antes de que la madre pariera con dolor. Abel tenía algo de inverosímil, de perecedero, de terriblemente generoso, y además insistía en que cada quien debe inventar el paraíso. Todo eso daba algo de miedo. El miedo sólo comenzó entre ellos cuando temprano aprendieron que de los abismos no se vuelve y que el fuego quema y que por las sendas demasiado largas el hombre se pierde y no regresa. Pero el peor de los miedos

lo inspiraba lo que no se comprende, lo que puede ser y también no ser.

En esto los padres se negaban a ayudar a su prole; pero había que tratar de entenderlos porque extraños eran por haber conocido a los ángeles y escuchado la voz espantable de Dios. La familia no sabía que era feliz; lo cierto es que no encontraban mucho sobre qué pelear. Sólo Adán y Eva discutían encolerizados a medianoche y a oscuras; mutuamente se culpaban de haber merecido la expulsión del Edén. Pero las borrascas no duraban mucho porque Adán y Eva eran gente responsable y se daban cuenta de la inaplazable urgencia de llenar la tierra de pobladores.

A Caín sólo lo amaba Abel. Era el más fuerte, el que dominaba a las fieras con las manos, el que pasaba días enteros mirando al horizonte como a la espera de greyes errantes, infinitas, llenas de congojas y de maldades. Dormía sobre lajas de piedra y se curaba las heridas con tizones encendidos. Caín y Abel trabajaban en el mismo campo y compartían el mismo cuarto y las tareas de fuerza. Sólo Abel hablaba, hablaba sin tregua, como quien antes de emprender un largo viaje

no quisiera llevarse dentro algo sin decir. Caín escuchaba en silencio. Sus palabras siempre eran las finales y daban en qué pensar. Un día le preguntó Abel si lo quería y él dijo que sí; entonces Abel inventó un nuevo canto que hablaba del agua y de sonrisa y agradecimiento y de un perro dormido.

Nacieron más hijos, de los padres, de los hermanos. Cuando ya eran muchos aprendieron a bailar y a cantar juntos, y se dividieron por trabajos o porque unos se quedaban en su lar, pegados a la tierra que habían cultivado y otros caminaban sin rumbo, enloquecidos por el llamado de ignotos paisajes del otro lado del horizonte, o porque acaso por allá creían encontrar de nuevo el paraíso. Desde entonces la búsqueda del paraíso perdido dividió a las greyes y les mantuvo encendida la capacidad de asombro.

Un día amaneció el muro de una casa con figuras pintadas de colores; como firma ostentaba la impresión en rojo de la mano de Caín. Todos acordaron que estaba bien y algunos comenzaron a dibujar sobre la arena.

Abel dijo a Caín que quería hablarle y se lo llevó al bosque. Estuvieron callados bastante tiempo. Luego Caín sacudió la cabeza, tiró una piedra al arroyo, miró intensamente a su hermano y se fue. Esto sucedió varias veces, hasta que Abel dijo: hay una cosa llamada destino, que asedia al hombre hasta cumplirse. Caín infló el pecho, como siempre que se aprestaba a luchar contra lo poderoso. Nada cambió en los días sucesivos, hasta que una noche, exasperado, Caín le gritó a su hermano que no quería escucharlo más.

Abel dijo a Caín que ya no se podía esperar más; que a los dos les correspondía enseñar a los hombres el mayor misterio de los misterios; que no podían traicionar a su gente, así como los padres habían cumplido con su amargo destino de perder el Edén para multiplicar la vida y la oración y para engrandecer el poder de Dios, aunque él no lo quisiera.

Caín no volvió a trabajar y emprendió viaje sin decir a dónde; dos de las hermanas lo acompañaron.

Abel dejó de cantar y de inventar cuentos.

En seco, furioso e inexplicable, cayó un rayo y destrozó los muros pintados, incendió el granero y les encaneció por completo el pelo a tres mujeres. Los perros sollozaban cobijados en la sombra. Adán exhortó a la familia a suplicarle a Dios perdón por lo que pensaban de él. Al amanecer, Abel partió en busca de Caín.

Lo encontró solo, meditando a la orilla de un lago; las mujeres andaban de pesca. Abel se sentó junto a su hermano y le dijo que era inútil huir. El destino es inseparable del cumplimiento y de la destrucción de sí mismo; nada puede durar sin término y sobre todo el hombre, que de otro modo cubriría de miserables la tierra entera; el hombre sólo puede ser divino si crea algo no creado por su Dios, algo que lo hará cuidar la vida, algo que ignora Dios. Así dijo Abel, y Caín ya lo sabía.

Abel labró en jade la primera daga; la besó y se la puso en la mano a Caín. Irguió Caín su alta estatura, su mirada sobre los siglos que no podían contarse con las manos y besó a su hermano en la frente.

Una mancha de sangre quedó junto al agua como constancia de lo allí ocurrido.

Al ver a Abel tendido y sonriendo su postrer sonrisa, Caín comprobó que la muerte se parece al sueño.

La primera vez

Con movimientos rutinarios niveló la almohada. No era propiamente una almohada sino un montón de hojas frescas cubiertas por una toalla – las hojas secas hacían demasiado ruido, sobre todo dentro de la cabeza, que se vuelve caja de resonancia de sonidos intolerables. Además, no hacer ruido -y no es lo mismo que el silencio- ya era parte de su obligación en la montaña, y de la naturaleza de quienes llevaban tiempo en ella. Acomodó la cabeza exactamente de lado, sobre la mejor oreja y se dispuso a conciliar el sueño. Nunca supo por qué se dice conciliar, como si uno estuviera de pleito con el sueño. Y cerró los ojos, cada vez más fuerte, hasta sentir el ardor a todo lo largo de los párpados, igual que si estuviese triturando polvo minúsculo. El roce con el saco de dormir fue secando la capa mucosa exudada por las plantas sobre la piel entre el calor del horno del bosque. Pobre querido saco, cobertor para los fríos de la madrugada, lecho y

casa, cofre de sus siete pertenencias, amparo de su mal olor, lo único blando para tocar en el mundo áspero del escondite y la huida y el descanso y el dormir, cuando era generoso y permitía buenos sueños, recordable y dignos de sonrisa. Y el sueño no acudía.

No acudía, no iba a acudir el sueño. Con gran cautela, igual que para no destripar un tierno insecto reposando en el costado, se tendió de espaldas, completamente inmóvil, para no espantar el sueño que esta vez sí llegaría -tenía que llegar-, aunque no fuese sino porque él estaba resuelto a no pasarse la noche dando vueltas en la almohada.

Abominaba ese rato lívido entre el amanecer y el día, cuando el cielo tarda en perder su color ceniciento antes de la luz franca que acalla los gemidos, rugidos y murmullos de la oscuridad, y abre el cielo al viaje y el canto de los pájaros.

Con prodigioso esfuerzo consiguió no oír, temiendo que si comenzaba se le poblaría el cráneo de millones de sonidos en los que la selva se esmera por la noche, en el goce de su impune soledad maligna. No solo continuaba la

hurañez del sueño, sino se insinuaban todos los seres y las cosas con el ímpetu de lo que quiere nacer. La voluntad de repeler y borrar estos embriones de existencia era cada vez más impotente. Una especie de rumor terrible de la materia creciendo desintegrándose le recordaba que allí le faltaban al mundo millones de años para formarse, y se sentía atraído por antigüedades en que el hombre aún comía crudo y con las uñas les disputaba las cuevas a las fieras para instalar su albergue.

De pronto, como salido de un árbol corpulento que estallara, apareció el soldado, ocupando toda la pantalla del insomnio. Lo reconocía entero: la piel cetrina, los ojos casi orientales fijos sobre un matorral debajo de su puesto vigía, la metralleta siguiendo puntualmente la mirada; el uniforme manchado a propósito del color de la hojarasca, con lamparones innumerables, incluso en los fondillos donde se limpiaba el sudor de la cara y los mocos. Como centro del cuerpo figuraba la sien desprotegida, cubierta por la piel más fina, palpitando al ritmo de la sangre al galope.

Oculto detrás de un tronco, pecho en tierra, apuntó su carabina a la cruz de la sien, donde la red de las venillas se intrincaba, y se dispuso a esperar a que sucediera algo, sin saber exactamente qué. Al fondo de la estrecha barranca que lo separaba del soldado bajaba un arroyo con pretensiones de catarata. Uno a uno recordó los instructivos de campaña que les recitaba con su memoria de elefante el Sapo; terminaban con lo del índice y el pulgar encargados de oprimir el gatillo “como se destripa una pasta de dientes”.

Le gustaría vestir al soldado como un monito de circo para divertir a los niños, unos cascabeles danzarían en su gorra rematada por una borla; al brincotear le sobrarían brazos y cola. El soldado ya no sería soldado sin el uniforme. Lo llevaba puesto desde que la patrulla lo capturó en el campo donde segaba el trigo; o tal vez habría entrado al cartel por gusto, porque a la muchacha de cachetes colorados y lunar junto a la boca sólo le gustaban los de uniforme. Él no sabía que en el cuartel les enseñaban a los hombres a matar.

Le hubiera gustado saber cómo se llamaba el soldado, o al menos su número de inventario del ejército. Un

ser sin nombre no era nadie, nada; ni siquiera se le podía recordar. Le provocaba llamarlo a gritos más fuertes que el rumor del agua, preguntarle si le gustaban las naranjas y si tenía hermanos y alguna hermana de dieciséis años; quizás él riera entonces, con muchos dientes blancos y las encías de color tomate, y le preguntara si le gustaban las películas de balazos y si por casualidad no le quedaba por ahí un caramelo de menta Pero debía odiarlo, debía odiarlo aunque fuese amorosamente, así como amaba, odiándolos, a los amigos, a las dulces colegialas, a las ceibas y a los geranios de los parques saqueados y muerto de sed que dejara allá en su pueblo.

Siguió esperando; también la sien esperaba, ahora convertida en un pequeño animal acorralado. Le hacía bien esperar, sintiendo como si acaparara el privilegio de otorgar el perdón y la misericordia. Pero allá dentro de él, un reloj de arena dejaba caer sus últimos granos; percibía su rumor inexorable, su capacidad de cambiar el mundo en un instante. Entre sus ojos, la última arena y la mira del arma había una silenciosa complicidad, semejante a la de las fuerzas concertadas para el ataque contra una

torre atalaya. El torrente de la sangre le golpeaba en los oídos y se le secó la boca. Había comenzado un tiempo fatal, del que nada ni nadie podrían escapar. De pronto el soldado abrió mucho los ojos, alzó la cabeza y desplazó la mira del arma un poco abajo del matorral. Él rectificó la suya, y estremecido por la descarga de una orden oscura e inapelable, disparó.

El soldado alzó los brazos soltando el arma como si esparciera tiernamente semillas en el surco, cayó de espaldas.

Entonces se dio cuenta de que no sabía en qué momento se iba la vida, qué cabía entre la bala y la muerte, cómo se veía la muerte antes de perder la vida.

El soldado había desaparecido de la pantalla del insomnio y él no sintió mayor alivio. Estaba solo, en una soledad cercana a dejar de existir. Ya tampoco la selva entrometía su presencia. Cerró los puños y se contrajo sobre sí mismo, on un apremio infinito de convertirse en algo inerte y mineral.

Ahora era él quien ocupaba la pantalla, estirándose para desentumecer su cuerpo. Cruzó la

barranca y alerta, se aproximó al soldado. De cerca parecía mas pequeño, acaso porque las botas eran bastas., engordadas por el lodo, y al uniforme de campaña le sobraba tela (probablemente le habían dado en el cuartel las prendas de un soldado muerto). En los bolsillos encontró algunos billetes arrugados, un lápiz, una carta, tres cabullas de marihuana apagadas con los dedos, un espejito redondo de dorso azul (de los que usan las criadas), la estampa de un sano con cara de loco y esa materia espantosa, ratonil, que se aloja en los pliegues más recónditos de la ropa. Se guardó el parque, el cuchillo de caza y se cruzó la metralleta en bandolera.

Al ponerse de pie tuvo que reconocer que había hecho esfuerzos para no verle la cara al hombre. La cara era también el hombre. Sí: tenía que hacerlo, aunque no fuese más que para completar la parte al comandante. Era un rostro neutro de campesino, de facciones como labradas con descuido, altos los pómulos, boca de labios gruesos; asombraba descubrir su parecido con todos los soldados, en la frente cicatrices de niño insoportable o de más tarde, cuando trabajaba con alguien de cruel humor negro. El dolor y

la sorpresa se unían en sus ojos abiertos; miraba de frente, como los retratos que en su casa lo seguían a uno por todas partes, malignos y amenazadores.

En el río se lavó las manos, la car y tomo agua hasta sentirla resbalar en pecho con frialdad de daga. Se miró las manos con placer y agradecimiento porque no habían cambiado: seguían jóvenes, inocentes, prestas a cerrarse sobre lo apetecible y a despilfarrar lo demás.

A paso seguro se internó en la montaña. En un descanso o invadieron los familiares susurros del bosque y el vuelo de un ave de suntuoso plumaje huyendo entre las ramas. La idea de extraviare le cruzó por la mente; la cerrazón de los árboles no permitía ver el sol. De poco le ayudaban en ese trance los instructivos. Tomó aire varias veces y ordenó sus pensamientos. Por un cortador de madera supo, recién llegado a la montaña, que solía encontrarse a un cazador muerto cien pasos atrás del campamento; andaba perdido y apenas conservaba muñones de carne sobre los huesos; los últimos animales junto a la carroña, metiendo la cabeza entre el esqueleto eran los

zopilotes, y esas moscas gordas, sebosas, lentas, atraídas por el hedor de la cadaverina desde distancias incalculables. El muchacho venteó como una res en busca del bebedero y presintiendo el rumbo, reanudó la marcha.

En un calvero se detuvo de nuevo. Guacamayas y loros atravesaban el cielo en parvadas alharaquientas. No quedaba mucho tiempo de sol; pero ya él sabía dónde iba. Entonces apoyó las armas en un tronco, echó la cabeza hacia atrás, respiró hondo, se clavó las uñas en el pecho y lloró con todos los pedazos de su cuerpo un llanto de siglos, desolado, corrosivo y a la vez lleno de manso agradecimiento porque lo sumergía en un baño de agua tibia y cristalina.

Por primera vez, había matado a un hombre.

Debajo de las ciudades y los cementerios, trepando y descendiendo por la vasta geografía del planeta, una corriente subterránea de miles y miles de años llegaba hasta Caín y encadenaba la estirpe de los homicidas, de los que no admiten el fardo de cuidar a su hermano. Pero matar es una

responsabilidad muy grave, mucho más grave que morir, y el muchacho lo aprendió poco después de las primeras palabras, al descubrir en la mirada de sus padres y sus hermanos que el terror ante los que imparten la muerte es mayor que el miedo de acabar con ellos. Únicamente en la soledad, el hombre, por causas sagradas y misteriosas, puede asumir esa responsabilidad, y convivir con ella.

La pantalla del insomnio estaba limpia. Pronto rompería la aurora y la noche más larga de los tiempos quedaría atrás, destrozada por el olvido.

El muchacho se desperezó, bostezando, enrolló su saco de dormir y contestó el saludo de uno de sus compañeros, el que se metía raíces en la boca para amortiguar sus ronquidos. Era tonto, bueno y alegre.

El rocío, el vaho de la selva y la mugre empañaban el espejo del soldado, y el muchacho no pudo verse la cara; apenas vislumbró la sien desprotegida, cubierta por la piel más fina, palpitando al ritmo de la sangre apacible.

Se miró las manos con ternura; le hubiera gustado mostrarlas a unos niños, como los magos preparando su suerte de magia, y se encaminó al vivac con sus trastos de hojalata de los que usan los presos y el polvo de queso salvado del hambre de la víspera. Alguien silbaba una vieja melodía.

Entonces pensó que todo estaba bien, y lo dijo en voz alta, con la suavidad y la desaprensión del solitario o del guerrero rodeado de gente enterada de todos los secretos.

Taco, el paragoles

“El Periódico” 16/04/2000

Era el juego decisivo; hoy o nunca. Ganar daba dos puntos, uno sobre el rival; ni siquiera el empate servía para nada. Pero el problema era, como siempre, no meter goles sino evitar que se los metieran a uno, y ahí era donde a Taco le ponían todas las dagas en la mano y todos los reflectores encima. Y ahí era donde aparecía en términos de Taco, un hijo de cien putas llamado Trueno, por las tempestades de

aplausos que despertaba su talento en el publico salvaje y ciego, y ganoso de encontrar dioses para reverenciar, pidiéndole a cambio solo la entrega y la vocación de emocionar.

El juego comenzó con cautelas, como todos los juegos decisivos. Las respiraciones se detenían, los dedos tronaban y el labio de arriba se llenaba de gotitas de sudor helado. A Taco no le importaba el equipo contrario en pleno. A el todos los delanteros le tenían miedo; le habían hecho una leyenda de muralla infranqueable, de gato portentoso que estaba justamente donde el esférico aspiraba profanar la portería. Un portero era leyenda o no era nada; pero la gente ignoraba el terror, la angustia que estrangulaba noche y día a ese pobre tipo, el único solo de un equipo cuya responsabilidad se dividía, se diluía entre los diez en la cancha y los suplentes: pobres exiliados cuya vida dependía del antojo del entrenador, ese tirano, ese verdugo más poderoso que el ministro de la Defensa, el Arzobispo y el mismo Presidente de la Republica. El portero era uno que vivía su muerte la hora completa del juego y la víspera o la semana anterior –para no decir todo el mes o todo el año. A Taco no le

importaba el equipo contrario en pleno, aunque fuera España o Brasil; el que contaba en proporciones sobrenaturales era el Trueno, cuando avanzaba a veces por la izquierda y de repente por la derecha o por el centro. No corría, volaba el hijo de la grandísima puta, volaba con la pelota detenida en el aire frente a él, como un globo amarrado de su zapatón con una pita. Se le divisaba desde lejos, igual a las motocicletas nacidas en el horizonte con todo y su nubecita de polvo. Y crecía, crecía por el ala izquierda, driblando, saltando sobre quienes querían detenerlo a patadas, aunque les diesen tarjeta amarilla, y se acercaba hasta volverse un monstruo descomunal, parecido a los del cine, con los ojos puestos en la portería, o mejor dicho en Taco, el que la cuidaba. Taco se situaba abriendo un poco los brazos y con el corazón detenido a medio pecho se corría a la derecha o al centro. Y los diminutos segundos le servían para sentir con todas sus fuerzas el odio contra el Trueno, a quien nunca dejaba la sonrisa, una sonrisa con un diente de oro, de seguro lustrado todos los días para que brillara mejor. Lo odiaba con todos los pedazos de su cuerpo, con todos los pensamientos apretados dentro de la cabeza. El Trueno nunca

se acercaba a la portería para disparar; era su maña, su lujo, su coquetería, y desdichadamente, porque Taco no tuvo la oportunidad de golpearlo, de escupirlo o de destriparlo contra un poste o de asestarle un gancho en los testículos, tapado por la multitud invariablemente aglomerada frente al marco cuando se concreta el disparo a gol.

Taco adivinaba lo que venía pensando: 'Ahí te va, ahí te va...'. Lanzaba la patada con la fuerza del rayo y la bola se venía encima, cada vez más pequeña, menos atrapable y más lejos de donde Taco la esperaba. Este era el noveno disparo de Trueno en la temporada donde Taco había levantado polvo al atajar veintidós tiros hechos por enemigos, seguidos de un rugido de admiración y solidaridad humana y profesional del público. Pero el Trueno le había metido seis goles, y uno olímpico, sublime, que salió retratado en los periódicos del lunes sin omitir a Taco el suelo, patas arriba, en esa lamentable posición de los porteros derrotados.

Esta vez, aunque con la punta de los dedos, Taco consiguió desviar el esférico, como le dicen los

comentaristas enterados, y el tiro de esquina fue controlado. Pero al rato ahí venía otra vez el Trueno abriéndose paso como una mancha de agua regada en el suelo, entre centenares de piernas trenzadas como los árboles en el bosque. Taco lo vio de cerca, el pelo largo y revoloteando en torno a la cara de piel tostada, las cejas alborotadas, los ojos pequeños y claros y la sonrisita de siempre, lo más repugnante de su humanidad. Iba a ser gol, por supuesto: pero sucedió el milagro: la patada de un defensa en la rodilla de Trueno, que sonó en el estadio como un cohete de Navidad. El hombre se desplomó; la pelota siguió despacio, inofensiva y Taco la paró con una sola mano, para demostrar que no aprovechaba ventaja, igual a los toreros que solo lidian del lado del cuerno bueno cuando el toro se rompe el otro en un choque estúpido contra la barrera.

Pero el regocijo de Taco solo duró un momento, porque el juez le sacó tarjeta roja al de la patada y marcó penal a favor del enemigo, cuyos jerarcas de cancha discutieron un rato. Al retirarse, ahí estaba el trueno con la rodilla vendada, bola quieta a sus pies, esperando que se vaciara el campo. Retrocedió de espaldas, entre el silencio siempre compañero de ese

instante dramático. Ahí estaba el hijo de sesenta putas, reconcentrado, pensando. Y ahí estaba Taco a media portería, estremecido, oyendo como cataratas ensordecedoras en cada oreja y por completo ajeno al resto del universo.

El entrenador le había recomendado consultar a un psicoanalista. 'Todo está en la cabeza', le dijo con su acento yugoslavo o de quien sabe dónde, porque de mientras más lejos era el entrenador más se le respetaba. El doctor le explicó que el fútbol es un juego de azar, lleno de infinitas variantes y de casualidades. Los futbolistas son como los jugadores de naipes, cuya táctica principal es no revelar su pensamiento por absolutamente ningún gesto. Lo que hace cada futbolista no depende principalmente de su voluntad sino de lo que hacen los demás, también imprevisible, como los tiros del ping-pong o las estocadas de la esgrima. No hay tiempo de reunir información para saber qué hará quien viene con la bola y se dispone a tirar a gol. Por lo tanto, no se sabe hacia dónde va a dispararla. 'Lo único que puedo hacer por usted es ayudarle a no jugar, como si del resultado del partido dependiera su

vida. Tome su trabajo como deporte y siéntase satisfecho y orgulloso de hacer lo mejor que pueda, sin afligirse por no hacer lo imposible. Y sobre todo recuerde el principio olímpico: lo importante no es ganar sino competir'.

Así le dijo el psicoanalista; pero luego le preguntó por sus padres y su niñez y otras cosas personales y Taco ya no regresó a la clínica porque cada vez se sentía no más fuerte, sino más rebajado, al descubrir sus muchas debilidades, defectos y retorcimientos. Para compensar el fracaso de su tratamiento, llegó a la conclusión de que el psicoanalista no sabía ni mierda de fútbol.

Por lo cual fue a consultar al brujo de Sololá, de tan notables aciertos: el predijo el último terremoto, la caída del gobierno, el triunfo del comunicaciones, la curación de la famosa cantante después de su ida a Houston. La abuela de Taco era maya y lo instruyó sobre esas ceremonias, cuyo preámbulo es llevar al brujo una botella de trago, dos docenas de candelas, cuatro mancuernas de pom y un quetzal y medio de unos polvos de venta frente a la iglesia de Sololá. El brujo le dijo lo mismo que el psiquiatra, pero en palabras que Taco entendió mejor y con

igual decepción. 'El futbol no es cosa de brujería sino de patadas; unas veces ganan unos y otras veces ganan otros, como todo en la vida. Los que juegan con los pies no saben lo que les pasa en la cabeza. Pero de seguro ese que te mete goles está pensando mal de vos que sos el llamado a parárselos. Y andaté. No me debes nada porque no te dije nada y porque yo veo los juegos de fut, pero a escondidas'.

Ahí estaba pues, Trueno a punto de lanzar el cañonazo. Taco comprendió que si pensaba hacia donde debía moverse podía transmitírselo al otro; pero le dio tiempo a reflexionar así: 'Él va a tirar a la derecha y supone que voy a desplazarme a la izquierda y por eso va a tirar a la izquierda y supone que me haré a la derecha; por lo cual tirara a la izquierda. Pero como... Me voy a aventar a la derecha a media altura y con toda el alma, aunque me rompa la cabeza contra el poste', se dijo.

Del letargo lo saco el mayor alarido de cincuenta y seis mil espectadores que se haya escuchado en la América Latina desde el gol de Maradona en México. SUBLIME ATAJADA DEL TACO, decía uno de los titulares del periódico. ATRAPADA, decía otro, aunque ambiguamente porque mucha

gente pensó que se trataba de la colombiana autora del magnífico robo de diamantes de La Joya. También informó la prensa que el Taco salió en hombros del estadio y que una fanática lo besó y le mordió como chucho la oreja.

De todos modos, el equipo del Taco fue el humillado por dos a uno; pero históricamente, eso era lo de menos. Ante la consternación nacional, varios días apareció a grandes titulares y con fotos la noticia –segura como todo lo que vaticinaban los periódicos-: el Trueno no volverá a jugar.

Taco mandaba todos los días a preguntar como seguía; al mes le informaron que sí, que ni en los estados, a donde fue a dar en un avión de la Presidencia, habían podido curarlo. En una entrevista donde contaba hasta cosas de su niñez de familia canche y medio decente, el Trueno anuncio su traslado a una provincia –todavía no revelada cual. Como entrenador de un promisorio equipo de fut-bol.

Taco sólo cumplió pocas semanas sus compromisos con su equipo. Un día también publicaron las secciones

deportivas de los diarios otra muy grande noticia: Taco se retiraba incondicionalmente y se dedicara a entrenar a un promisorio equipo de provincia. Dijo que lo hacía cumpliendo una promesa al Señor de Esquipulas, por un milagro que no podía revelar.

Técnicas para ser presidente

En una democracia cualquiera puede llegar a la presidencia de la república... Falso. Llegar es cuestión de suerte... Falso. Para llegar hay que ser valiente, astuto y mañoso... Falso. No hay nada más difícil que llegar a presidente, sobre todo en un país surrealista como Guatemala. Este texto pretende convencer a los aspirantes. Es técnica.

1. Hay que comenzar a sonar en el momento justo, ni antes porque se quema el pan ni después, porque se le adelantan otros.
2. No busque amigos sino socios y servidores. No se ría de lo que no tiene gracia y esconda muy bien sus procedimientos para captar clientela.
3. Que jamás se le ocurra publicar que no quiere ser presidente; pero que si el

pueblo se lo pide... No hable de pueblo; el pueblo somos todos.

4. No ande metido en todas partes. Si va a fiestas baile con las más feas, que son las más agradecidas, y escóndase para ver a las bonitas.

5. Que no se le ocurra citar a los clásicos, a los escritores, a los sabios. La gran mayoría de los que votan no lee y desconfía de los que saben mucho.

6. No haga promesas, ni concretas ni veladas. Critique al gobierno y sobre todo al presidente con cuidado; no se olvide de la *Biblia*: recuerda que lo que hagas se te hará.

7. No crea en la patraña de que todos los ciudadanos son religiosos; en estos tiempos metalizados la religión sólo se toma en la medida en que no molesta con sus normas y castigos.

8. Nunca crea que le están creyendo; pero haga como si lo cree, para no ofender a quienes pretenden engañarlo.

9. Entérese bien de la historia del país y en cuanto la sepa, olvídela.

10. Viaje lo más a escondidas que pueda; recuerde que el 96.7% de los guatemaltecos jamás han cruzado las fronteras y envidian a los que sí la cruzan.

11. Ningún partido elige al presidente; la mayoría está formada por gente sin partido ni vocación de asociarse. Esta

mayoría no es tan tonta como parece ni como usted lo necesitaría.

12. Los males del país no tienen remedio; por lo menos mientras usted viva. Su habilidad consiste en presentarlos mejor de lo que son; pero sin insinuar que usted puede remediarlos.

13. Oculte meticulosamente a sus amantes y si tiene fuerza de voluntad, mejor prescinda de ellas. Ya habrá tiempo de conseguirlas en el caso de que llegue a la presidencia. El 96% de la clase intermedia que da las mayorías de votantes es monógama y los hombres les tienen miedo a las mujeres, y envidian con todo su corazón a los don Juanes.

14. En el tiempo en que esté formando su clientela hable poco y sólo de lo que entiende. Consiga a dos o tres de su absoluta confianza para que en público le pregunte cosas que usted domina. Si algún listo se precipita y le formula una pregunta molesta, dígale que eso es importante y que al final de la reunión se tratará; procure que ese final no llegue.

15. Oculte sus enfermedades. Los enfermos no despiertan confianza.

16. Si tiene gracia ataque a sus rivales con gracia y si no, no los ataque. No desarrolle complejo de simpático.

17. No invoque a su madrecita ni a sus hijitos. Tampoco invoque a Dios, que no tiene la culpa de sus cualidades ni de sus defectos.

18. Si llega a presidente, olvídense de todo esto y haga lo que le dé la gana. De todos modos, dirán que es malo y que lo creyeron mejor.

Ensayos

Dos maneras de escribir

“El Periódico” 1/03/1998

Cuando se ejerce simultáneamente el oficio de escribir obras literarias y material de periódico se produce entre ambas una interacción; es el escritor el negro de la feria que recibe los pelotazos. Nadie ha podido administrarse con soltura y plena satisfacción de las dos maneras, que ciertamente se parecen bastante, pero no son iguales.

El material periodístico exige sencillez, uso de palabras corrientes – de preferencia las no muy largas-, períodos o frases cortas, no más de un par de ideas por párrafo y nítido distingo entre lo que es hecho/información y lo que es comentario/opinión, sobre todo

cuando es el punto de vista crítico del autor. Es rarísimo que un material periodístico aguante impunemente una redacción 'literaria'. Las metáforas y el contenido periodístico son incompatibles.

Forzosamente, en el lenguaje periodístico abundan palabras de la economía, la sociología, la política, que se han vuelto del dominio público y contienen cargas ideológicas, la ambigüedad que resulta de diversos significados según los intereses de quien las escribe y de quien las lee. Un buen material de prensa comienza con lo más importante y concluye con lo de menor trascendencia; lo cual permite cortar al final si es por fines editoriales de espacio. Mantener el suspenso, el interés del lector es indispensable porque la vida, la repercusión de un material periodístico dependen de un leve gesto, de cualquier movimiento de las manos al lector que el aburrirse pasa la página y sepulta el artículo en el olvido; igual pasa con la radio y la tele, donde la muerte de una imagen depende del giro de un humilde botón.

El ejercicio de ese oficio puede ser muy nocivo para el de creación literaria; de hecho, lo es, porque se trata de dos

discursos no sólo distintos sino inclusive opuestos entre sí. La literatura admite sin excepción todos los contenidos, todas las formas y los estilos. No importa que su terminología sea compleja y hasta inventada o que se convierta en una especie de lengua secreta para iniciados. Proust, Joyce, Lezama Lima, Onetti, Góngora, Vallejo, Huidobro, no son autores fáciles. En el texto literario suele no haber orden, sólo una lógica llena de contradicciones y de absurdos (absurdidades debiera decirse). Las palabras y la platitude periodísticas introducen caídas siniestras en la literatura. Todavía no se ha escrito libros de ficción verdaderamente buenos cuyas bases dominantes sean económicas o políticas. La literatura le habla al autor y a los lectores, uno por uno; santo y muy bueno si llega a difundirse el libro; pero muchas veces no hay razón justificada para que así sea.

El escritor de ficción es al mismo tiempo más y menos responsable que el periodista. Su egoísmo y su reconocida vanidad llegan hasta la monstruosidad de escribir –a veces- para sí mismo. Vive hablando de él, presumiendo hasta de minucias. No se debe a nadie, no depende de nadie porque no come de

lo que escribe; el periodista se debe a un público y si es honesto sólo debe actuar dentro de una ética inflexible. El escritor se permite ser hasta bandido. Pero escribir ficción es extremadamente difícil y requiere gran temor por las palabras, interminable cuidado, paciencia y casi siempre sentimiento de imperfección; escribir es doloroso, e ingrato. La rapidez, la facilidad y el desgaire al escribir proceden del periodismo y trasladado a la literatura resulta necesariamente mortal para un buen libro. Estos son los riesgos del doble oficio.

Palabras del autor en la conferencia que compartió con el escritor mexicano Andrés Henestrosa el 20 de febrero, en el acto de fundación del Instituto Mexicano-Guatemalteco de Cultura.

La literatura y el tiempo

“El Periódico” 1/03/1998

La literatura no es nada de extraordinario, o por lo menos es menos extraordinaria que la pintura o la música. Se hace con varias ciencias; los escritores ignoramos algunas de ellas,

pero creemos que existen, como las sirenas, y eso cuenta. Se trata de que nos entendamos no sobre lo que es sino sobre lo que puede ser la literatura. En este dilema se han ido los siglos; a lo mejor eso es la literatura: claves y signos en constante fuga. La seguridad de permanencia la destruiría, como destruye el puñado de nieve que en rodando y en creciendo llega a alud y arrasa pueblos enteros. La historia de la literatura no existe: lo que existe es la historia de lo demás de la humanidad, que tiene sus leyes y sus inmensas casualidades.

Todas las palabras hablan de lo que fue, no de lo que es; la literatura es un epitafio, una parte reciente de la arqueología. Su eternidad envejece todos los días; no hay vida más muerte que la de lo precario. Pero los libros son vísceras, cosas vivas, sin cordón umbilical con quien los parió. Los libros interesan; son como los huesecillos de los animales que habitaban la tierra hace 40 millones de años, pero sirven para reconstruir seres, o para inventarlos.

Sólo hay escritores sedentarios y escritores errantes. Los sedentarios son los que no viajan; viajar es sentirse

donde uno no está, porque lo que permanece quieto se pudre y se opaca. Los errantes vivimos rodeados de transparencias. Sabemos que nos rodean cosas que no vemos, pero eso no nos desvela porque lo ven los pintores y los astrónomos y los cautivos de los microscopios afilados con láser. Nuestra función es hacer ver lo que escribimos, no lo demás.

Yo sólo escribo sobre cosas representables, generadas por protagonistas víctimas o verdugos, sufridores o gozadores; mis inventos se reducen a lo que puede ocurrir o a lo que me complacería que ocurriera, aunque no fuese a mí sino a otro. Mis motivos y mis técnicas han ido cambiando sin mi consentimiento ni conocimiento, igual que mi vida y la de los demás. Escribir no me demuestra nada; pero anhelo que algo descubra a los lectores. Que no lo crean es lo de menos. Entre ellos y yo circula el doble golpe del corazón un sonido por lado.

Para un escritor no hay pasado porque somos contemporáneos de todo lo que escribible. Por lo tanto, tampoco hay edad. A nosotros nos envejecen los demás cuando se cansan de leernos o de vernos. Pero nosotros sabemos muy

bien qué es la edad; la edad es la conciencia de perder la audacia. No por escribir o por leer o por amar estamos vivos, sino porque la literatura es la más concreta de las fantasías; profesar cualquier fantasía rejuvenece.

Las formas empiezan en la semilla y terminan en el abuelo, como dice Roberto Matta. Los escritores somos asaltantes del momento, secuestradores del instante. Si algo hacemos de hermoso es no cobrar rescate y fluir, como los chorros de agua salvaje.

Teoría del caballo

La columna - “El Periódico” 19/04/1998

En dos se dividen mis relaciones con los caballos: los recuerdos tristes y la alegría de vivir con ellos. Me deben cinco costillas y un cúbito rotos. Una aciaga mañana, a galope tendido por el bosque mi caballo metió la mano izquierda en un hoyo y se la fracturó. Mientras me veía reflejado en sus ojos de una limpidez absoluta, el veterinario volvió la cabeza para ignorar si la bala le había dado a media frente; supe de

pronto que el amor no es sólo patrimonio de seres humanos. El patriarca de los Domecq ya había accedido a venderme a Galanoso después de ver lo maravillosamente que nos entendimos; era la mejor galopa de la zoología. Pero se desdijo porque Paloma, su nieta consentida, se lo pidió gimoteando para ir a la feria de Sevilla. Apenas se restaño mi herida escribí a la moza –ella nunca leyó una página completa- diciéndole que había asesinado un sueño y que la maldecía como a la medusa de cabellos de serpientes.

Los hombres han creído que los caballos les otorgan vocación de estatua y signo de domino. Para elogiarlos los han alojado en pinturas rupestres, frisos asirios y faraónicos patios de Ankor y de Persépolis, templos hindúes, vasos griegos, adornos de príncipes cretinos. En la poesía universal abundan sus menciones –Darío les dedica el primer verso de uno de sus poemas memorables. Pertenecen hasta a la picaresca de la historia, como el caballo de madera que los griegos rellenaron con guerreros para entrar a Troya.

Pero son los caballos quienes les enseñan a los hombres la nación de lo armonioso, la sed de caminar, el triunfo sobre el espacio, la exaltación de gestar música con materia viva, la humildad de compartir la tierra con algo portentoso que se vuelve común a greyes enteras, como un símbolo de hechicería o la imagen de una divinidad laica. El caballo es la esencia de la libertad; en cuanto se le suelta, su mirada cobra la total remotidad de gloriosas dinastías, barbarie de viento suelto.

Su presencia entra por todos los sentidos; al venir, al ser, al pasar deja un aroma pulcro inconfundible. Su presencia corresponde a lo estético; pero también a algo que inspira ternura y agradecimiento por ser como es.

Su ritmo libera la fuerza absorbente de la tierra y arrulla en una atmósfera de pensar con total limpieza. Cabalgando se resuelven las angustias, las carencias, y se afina la mirada para encontrar la placidez. Por eso montar a caballo da sed de vino y cansa con delicia. Su voz secreta, como los rumores de los delfines –sus hermanos del mar- recuerda los mensajes de esos pueblos desnudos cuya fe transforma el terror en danza. La única voz audible del caballo es el relincho para cantar a

la yegua en celo. Verlos hacer el amor es la imagen cabal de la consagración de la primavera.

Mi andaluz nació en México; su hermano de rejoneo y sus abuelos sementales en Jerez de la Frontera. Sabe veinte pasos y la manera como lo mira la gente me eriza la piel de cierto humilde orgullo. Dos veces le he pegado –y la afrenta se asemeja a escupir un altar. No hizo lo que yo le ordenaba; ni siquiera se movió. Al día siguiente le lleve azúcar y no se dignó mirarme. Por fin se acercó a la puerta de su establo donde me apoyaba inmóvil y me arrancó un botón de la camisa, igual que cuando quiere jugar. Esa vez lamente de veras haber olvidado cómo se llora.

Elegía

Elegía para una hija del maíz

“Siglo Veintiuno” 22/10/1995

Ha dejado de sonar la cascada de
vidrios de colores
que era ella, su ritual de abrirse las
gardenias al empezar la primavera,
sus razones de maga para creer en lo
increíble

y convencer al mundo de que no es
verdad

la polución de todas las espumas, el
ejército de pernos de acero
que rajan el aire y el asfalto
aplastando a las hormigas.

Tenían cuatro años contados con los
dedos.

Los cuentos que inventaba embriagaron
para siempre a los remeros
que en el lago la llevaban y traían para
envidia de los pueblos.

Contaba a los remeros de saliva que
sólo crecía en las nubes
y daba jazmines sin árbol ni nada,
de un perrito que creaba ríos conforme
iba nadando,
y se los llevaba con todo y brisa, y
sombras de los árboles,
de un niño que en vez de cabello tenía
una antorcha para alumbrar el pueblo.
Sus palabras venían desde atrás con
tropel de abejas de los muertos más
remotos,
los nahuales, los dueños de los cerros y
las nieblas,
de los nombres que tocaban a la gente
y el rato de nacer y el de morir;
los Señores que ponían a secar el
calendario y regaban las primeras y las
últimas semillas
con agua acarreada en el cuenco de las
manos,
los que sabían prever la caída de
aerolitos, y el volver de los cometas
cada doscientos mil años,
y lo que decían sonriendo las lágrimas
de la luna y el nacimiento del agua,
los que alimentaban con plegarias el
corazón de los dioses.
Ella, montón de maíz recién nacido era
hecha de telas de araña,
de vaho de los labios de ardilla, de
racimos de fruta morena, de repiques
de quiebracajete,

del susurro de las pestañas que se juntan para dormir o para no dejar caer lágrimas.

Encendía veladoras cuando morían las mariposas y les untaba miel en las sienes

A los niños de su pueblo para que no sintieran hambre.

Ella echaba los relojes al cocido para que supiera a tiempo calentado y creía que junio era diciembre y se acordaba del futuro, aunque nadie por favor se lo creyera.

Poseído, perdido amor era el suyo sólo para encontrarlo día a día como sol de madrugada.

Y así se aposentaba en la entraña de la gente que la amaba y ni siquiera piensa en olvidar

que fue un planeta de suntuoso vuelo lleno de anillos de sedas y arcoíris donde no se podía llorar ni dolerse por lo que no se tiene o se ha extraviado en la oscurana.

Imposible pensar en ella sin hierbas olorosas, pájaros leyendo en sus libros de nácar, manos tendidas juntas para entibiarse entre las suyas.

Y cuando oigamos su risa dentro del aire y de los arroyos de los huesos, por fervor y agradecimiento a lo que fue y sigue siendo,

no volvamos a llorarla.
No vamos a llorarla.
porque ella solamente se ha dormido
como se duerme para soñar un poco,
sin borrar su insigne trayectoria de
carabela amanecida
de adorno de la tierra coronada de
luciérnagas.

*

Nos iremos de puntillas, para no
sobresaltar a las cenizas
para no despertarte, muchacha
y cantando velaremos tu sueño
deteniendo al tiempo en su camino
para no convertir tu presencia en
recuerdo.
Velar sonriendo mientras estés ausente
no nos dará culpa de estar vivos
porque sólo se muere cuando se pierde
el ardor para amar las cosas
como tú las amabas.
No tenemos por qué recordarte,
no te recordaremos nunca:
ahora porque estás demasiado aquí
y después porque iremos envejeciendo
enamorado de ti como aroma
indispensable
y perenne regalo de la vida.
Siempre –tú enseñaste a decir esa
palabra
siempre serás vino de consagrar
en el torrente amigo de nuestras venas.
La voluntad luminosa de no perderte

bastará para no sentirnos de sobra
y para alejar cada uno su muerte
que se volverá improbable
porque nos invade con su oleaje
la exaltación de no morir
para seguir contigo
en esta tierra donde estuviste entera
desde el delgado balido de nacer
hasta el polvo enamorado de ella,
porque es más tuya que de nadie.
Cuán mucho va quedando de quien
amamos
si se degüella al tiempo
y sólo se recuerda el porvenir.
Porque tú nunca fuiste del presente
Ni de ayer, y siempre alcanzó tu vigilia
para ser todo lo que eras y serás.
Juntas todas las sangres que te hicieron
y las que hiciste haremos coro
cada vez que algo nazca o se renueve,
alegres de tenerte y reírnos con tu risa
y de saber que tu polvo nutre esta tierra
con sus lagos, su gente lacerada, sus
retumbos
y su mansa infatigable fuerza
de amasar junto al fuego cosas como
tú.

(Pensando en Morena Monteforte)